EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 56.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.° 13. Tomo I.—MIERCOLES 1.° DE MAYO 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICIÓN EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28 —Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerias del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Juicio crítico de D. Juan Bautista Arriaza por D. Antonio Alcalá Galiano.—**Viaje à Toledo**, por D. J. del Peral.—**Una semana en Madrid, articulo 7.° y último, domingo**, por Don Antonio Flores.—**Espatolino, continuacion**, por la señorita Avellaneda.—**El dos de mayo**, por D. Antonio Ferrer del Rio.—**Al dos de mayo poesia**, del malogrado Espronceda.—**Busto de S. M.**—**Revista de la Quincena.**

JUICIO CRITICO
DE
DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

Mientras de las universidades de España salian nuestros poetas de fines del siglo XVIII; letrados ó eclesiásticos que hermanaban otros estudios con el de la poesía; sectarios los mas de la filosofía de aquel siglo, si bien algunos juntaban lo sumiso con lo irreligioso, al paso que otros anhelaban ver crecido el poder del pueblo y menguado con el de la iglesia el del trono; empezó á darse á conocer un poeta mozo, de escasos estudios; hasta entonces sin opiniones sobre cosa alguna, y solo con deseo de vivir bien y ser festejado; militar de profesion, pero para vestir el uniforme y no para manejar la espada, sin que por eso se diga que desdijese de su profesion su aliento, pues solo se indica que vivia principalmente en el ocio de la corte; de ingenio agudo; de sal cáustica; no falto de imaginacion; diestro y fácil en versificar; acertado en buscar consonantes, punto descuidado por los versificadores de aquellos dias; compositor de décimas á la sazon caidas en desconcepto; repentista; en suma de la clase de poetas que frisa con la de copleros. Sus versos gustaban sobremanera á la gente de corto saber y gusto poético no acendrado, y á las mujeres que á la sazon en España estaban poco educadas; y ademas eran mas adaptables á la música que los de otros sus contemporáneos, y por eso gozaban del privilegio de ser cantados. Andando el tiempo creció el tal poeta en fama y en mérito tambien, y al cabo ocupó un buen lugar en lo que se llamaba nuestro Parnaso entonces don Juan Bautista Arriaza, que es el sugeto de quien ahora se va aquí hablando.

General es creer que para ejercitarse con acierto en la poesía, ó á lo menos para descollar como poeta se ha menester instruccion vasta y profunda. El

Ego nec studium sine divite vena
Nec rude quid prosit video ingenium

está en boca de todos, porque la autoridad de Horacio, que es razon venerar hasta lo sumo, para algunos tanto vale cuanto un dogma religioso. Y todavía no contentos varios críticos con el texto que se acaba de citar apelan al

Scribendi recte sapere est et principium et fons:

entendiendo el *sapere* por *saber* y no como otros por buen seso. Pero en nuestra edad de heregías, si todavia Horacio en crítica vale lo que en religion los santos Padres, no tiene ya autoridad que pide fé y obediencia como la de la Sagrada Escritura. Ello es que ha habido grandes poetas con escasa instruccion. No tenia mucha Guillermo Shakspeare, y en calidad de poeta puede ponerse en parangon con los primeros. Casi en nuestros dias manejando la reja de un arado se formó en Escocia Roberto Burns, poeta sin duda de primer órden. El francés Beranger no sabe latin, y por consiguiente fué en su niñez de pocos estudios, como nacido y criado en condicion humilde y pobreza. Al cabo la instruccion es relativa, y en ella lo poco ó lo mucho varía con las circunstancias, sin contar con que al tasarla hay quien lo hace sin facultades ni calidades competentes. Pero es conocido que hay una voz que sale del alma, y unos conceptos á que llega en sus vuelos mas osados la fantasía, que no han menester el estudio, si bien con él aprenden á expresarse del modo conveniente.

Sin embargo los poetas sin estudios son por lo general gente de condicion humilde, que, alejados de la sociedad, viviendo en una esfera inferior á lo levantado de sus pensamientos, están en frecuente y estrecho trato consigo mismos; con lo cual nutren el fuego divino que en su interior arde, y los está abrasando. Distínguense por lo vivo de sus afectos, por lo arrebatado de su fantasía, por cierto deleite en observar la naturaleza, y por hallar relaciones entre el mundo exterior y el interior; obra todo ello de aquel á quien no distrae el trato con gente mediana y los goces siquiera moderados.

Los hombres de estudios profundos pueden asimismo ser poetas de primer órden, si en ellos ayuda lo natural á lo adquirido. Un prodigio de ciencia era *Dante* tal cual se hallaba el saber humano en aquella su edad, sin que dañe su erudicion á lo vehemente y hondo de sus afectos, á lo vivo de su imaginacion, ó á la sencillez y valentía con que declara lo que concibe. Tampoco lo sábio quitó á nuestro Fr. Luis de Leon, lo apasionado, lo tierno, lo fogoso. Basten los ejemplos dados por via de ilustracion con ejemplos de las doctrinas antes sentadas.

Don Juan Bautista Arriaza, no estaba en el caso ni de los no educados ni de los bien instruidos. Habia nacido y criádose en condicion mediana; hijo de padres nobles, tratando con personas cultas; y en el colegio de artillería donde fué cadete, y en el cuerpo de la real armada, hubo de adquirir alguna instruccion, la cual fué sin duda dilatando con varia lectura. Sabia el francés y el italiano y llegó á aprender un poco el inglés, y si no hay razon para tenerle por buen latino tambien es de suponer, hablando al uso comun, que no ignoraba el *Musa musæ*, y aun mas allá de la «puente» del *Quis vel qui* habia pasado. Faltábanle pues las condiciones que á los poetas que lo son por mero ímpetu y don natural dan una índole peculiar, y mérito subido. Tampoco tenia las que se ganan entre los libros, en apartamiento del mundo, en las aulas, entre hombres dados á los mismos estudios, censores á un tiempo y estimuladores de los trabajos que entienden y de que participan. En suma, la atmósfera en que vivia Arriaza era la de las tertulias; la de lo llamado el mundo donde no se ven las escenas de la naturaleza, y de los hombres se conocen mas que las pasiones los modales; atmósfera en que la planta poética nunca crece mucho, ni vive lozana, ni da frutos en sazon completa.

Y sin embargo, Arriaza tenia algunas dotes de las que son consiguientes á la falta de estudios, porque era mas espontáneo, mas fácil, mas abundante que suelen serlo los hombres de mucha ciencia y como menos temeroso de pecar contra las leyes del severo buen gusto, al paso que incurria en las faltas mostraba en sus obras ciertos méritos que el melindre de los sabios de cierta laya y doctrinas condena. No era romántico, ni supo que los hubiese hasta su vejez, cuando habia pasado para él el tiempo de abrazar sectas nuevas; pero se separaba en la práctica y hasta en la teórica del rigorismo pseudoclásico de sus dias, arrimándose á los copleros (que son parte y no del todo despreciable del gremio poético) en tiempo en que los poetas españoles apenas versificaban.

Cada autor, cada poeta tiene sus calidades naturales, sus méritos y deméritos, sus puntos altos y bajos, sin contar lo que debe á sus circunstancias y lectura. En Arriaza predominaba el ingenio: habia un tanto de imaginacion, y de sensibilidad poco ó nada. Sus descripciones, sus afectos todos son

del hombre de mundo, del siglo, pues en cuanto á pintar la naturaleza externa, si lo emprende alguna vez, lo hace en términos vagos é indistintos, y en cuanto al efecto de las escenas de la creacion en el alma del hombre, apenas le siente ó expresa. Sus amores son de los que pasan dentro de las ciudades y se siguen en los paseos; si es lícito valerse de una frase vulgar, «cortejando.» Entrado ya en años, vino la guerra de España contra Napoleon á hacerle poeta patriótico, y desempeñó bien esta tarea, aunque en sus versos mas se encontraba mal humor contra los enemigos, y participacion en los afectos comunes á la sazon á sus compatricios, que un fuego de amor pátrio vivo por demas é intenso. Aun en sus composiciones pátrióticas mas ingenioso que apasionado, equivocaba ó mezclaba el juguete con la imágen grande y sublime, y así en la profecía del Pirineo, una de sus obras mejores, se dice, que á los defensores heróicos de Zaragoza estaban

sobre sus sienes fieles
lloviendo á un tiempo bombas y laureles:

lo cual pintado haria un cuadro ridículo; y discurrido prueba poco calor y no mas gusto en quien pensó y se expresó de tal modo.

Como agudo, Arriaza se dedicó á la sátira, propia composicion de poetas no muy tiernos, y criados y viviendo siempre en el trato del mundo. En los campos y á la vista de la naturaleza se arrebata en el hombre la imaginacion ó se excitan los afectos; y solitario y comunicándose consigo mismo le viene á suceder otro tanto porque en lo interno y externo son demasiado magníficos el mundo y el alma para dejar á quien medita en ellos tiempo de pensar en las ridiculeces que afean la sociedad y de ella misma nacen.

Arriaza era pues de la familia de Boileau y de Pope, aunque este último á veces dió muestras de apasionado, como por ejemplo en su carta de Heloisa; pero en las familias hay semejanzas y diferencias, conservándose algo de las primeras en medio de las segundas; y así no hay motivo de negar el parentesco entre el francés, el inglés y el español, porque no tuviesen entre sí la identidad de mellizos.

No era Arriaza un Horacio, en quien á pesar de su filosofía epicúrea, de su vida cortesana, de sus no sanas costumbres, de su amor al trato del mundo, asoma sensibilidad profunda como la de aquel á quien se le soltase una lágrima en el punto en que lleva á lo sumo el entregarse al deleite. Al revés, aspiraba á ser sensible, y la ceguedad de su alma no le consentia ser mas que ingenioso, siendo como aquellos á quienes en las mayores penas se descubre cierta serenidad y prontitud de ingenio, saliendo con una agudeza cuando de ellos seria solo de esperar una expresion de afecto apasionado.

En sus últimos dias leyó mas Arriaza, pero no llegó á tener principios fijos de gusto, pues fluctuaba entre doctrinas varias, y, siendo de condicion irascible, propendia á condenarlas todas unas tras de otras, por condenar á sus mantenedores. Así alababa el Desden con el Desden y á Rita Luna, incomodado con el favor que se dispensaba al duque de Penthievre, representado por una *niña de reten*, y veia el punto primero de la tragedia en

las lágrimas de Tito y Berenice

ó en el

alma de Fedra é infierno de Hermione

alabando al mismo tiempo á *Lope* y *Moreto*, y quejándose de que por la moda hubiesen sido desechadas

sus piezas por «antiguas y ramplonas»
para tener en vez de ellas
«francesas cucamonas.»

Todo esto por indignacion á los aplausos dados á la tragedia de los Venecianos y á *Maiquez*.

Arriaza metió la hoz en el campo de la política, y no poco en los últimos años de su vida. Habia sido cortesano del príncipe de la Paz, privado á quien pagaba el pueblo en odio fuera de toda medida y razon lo excesivo de su valimiento; y le habia celebrado mas que otros. Pero en la guerra contra los franceses fué como queda dicho patriota puro, y nadie hizo mas versos que él sobre aquella guerra.

Posteriormente se declaró contra los innovadores apellidados liberales, y fué su enemigo franco en la buena y mala fortuna, pues si los denostó cuando estaban caidos, no los lisonjeó cuando los veia triunfantes. Una excepcion solo hizo á esta regla. En un convite dado por unos amigos al señor don Luis de Onís, que, recien publicada en España en 1820 la Constitucion de 1812, iba de ministro plenipotenciario de nuestro rey á la corte de Nápoles, compuso Arriaza unos versos de repente, segun decia, pero llenos de aparente entusiasmo y abundantes en estro, y en hermosas imágenes, sobre tener sus dotes naturales de fáciles y sonoros. Pintaba allí al enviado como que iba nuestra revolucion

á Parténope á anunciar,

y añadia:

A Parténope que aun gime
entre floridas cadenas
y aun la adulan sus sirenas
con cantos de esclavitud.
Tú. . . . . .
serás, y español Tirteo
que las alce al alto empleo
de cantar patria y virtud.

Y mas allá habia una hermosa imágen y no menos bello simil, pues al pintarse que se veia en Nápoles

Lanzar tronando el Vesubio
de ardientes. . . . . diluvio
hácia la etérea region

ocurria el pensamiento de que

Tal dirás la patria mia
vió de Riego el heroismo,
precipitando al abismo
las moles de su opresion.

Y hasta el final, aunque mas tenia de obsequioso á la beldad y de galante que de patriótico, todavía pecaba por conceder divinidad á lo que Arriaza reputaba infernal ciertamente, y á lo que despues con mas sinceridad llamó *harpía*. Porque hablando de la linda hija del señor Onis, doña Clementina, aseguraba que

no puede ser mas divina
la imágen de libertad.

Singular fortuna fué la de esta composicion que en el autor fué un desgarro. El gobierno de Nápoles tuvo de ella noticia y se llenó de susto y congoja, y publicó que el ministro de España le venia á revolver el estado, y dió por prueba de su aserto y justificacion de su temor la de los versos aquí citados; calificando al ex-cortesano y entonces todavía anti-constitucional poeta, de Jacobino; y de resultas de todo ello no consintió al señor de Onís pasar á su destino, poniendo dificultades á admitirle y obligándole á detenerse en Roma. De allí á poco, para mayor singularidad, rompió una revolucion en Nápoles sin ser ni promovida por el gobierno español ni deseada siquiera, pues le causaba embarazos graves sin serle de ayuda, y el señor de Onís pasó allá triunfante puntualmente del modo y á lo que los versos dichos en el convite decian. Digno de verse era el apuro de Arriaza, al contemplarse tenido por lo que no era, y juzgada obra de su intencion la que lo habia sido de su flexible ingenio, y como él no adulaba á la revolucion entonces triunfante, procuraba con empeño justificarse de la nota de *liberalismo*, hablando al uso de aquellos dias. De la composicion como poeta debia estar ufano, porque es de lo bueno entre sus poesías, lo cual asimismo le acredita de mas diestro que concienzudo en concebir y expresar sus afectos.

Despues de esta digresion, que ha sido una entrada en el campo de la política, en que ahora sin poderlo remediar se mete quien piensa, habla, escribe ú obra, poco hay que añadir, vueltos á la region literaria, á lo que de Arriaza se ha dicho.

Entre los poetas españoles de su tiempo le toca de justicia un asiento distinguido no de los mas altos ni de los bajos tampoco, sino algo aparte de donde estan y deben estar sus contemporáneos. Entre los versificadores y rimadores descuella, aunque hoy ya esta parte mecánica de la poesía, descuidada cuando él escribia, es cultivada con acierto y lucimiento sumos. El ingenio ó aquella parte de él á que los franceses llaman *esprit* y los ingleses *vvit* tambien es prenda poética y lo fué sobresaliente en Arriaza. La imaginacion que remonta mucho el vuelo no era la suya, pero tampoco de imaginacion estaba falto. Ternura no hay que buscarla en él, ni aun cuando llora, y es de creer con sinceridad á su hermano muerto en la guerra, y menos en sus amores puros galanteos. Es, pues, lo que llaman los franceses *poete de societé*, pero muy perfeccionado, muy superior á los de su clase, la cual no es de grán valía. Por eso (valiéndonos del lenguaje clásico) tiene lugar en el Parnaso al modo que á quien sobresale por demas en ocupaciones inferiores suelen con razon concederse los *honores* de un cuerpo, al cual no pertenece del todo; y del que sin embargo por la naturaleza de sus merecimientos es acreedor á ser mirado como parte.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

VIAJE A TOLEDO.

ARTICULO I.

> Nada nos queda nuestro, sino el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente: segunda Roma en grandeza pasada y en nulidad presente, tropezamos en nuestra marcha, á donde quiera que nos volvamos, con rastros de grandeza... con gloriosas ruinas...
>
> M. J. DE LARRA.

El descontento y el disgusto general que domina en los individuos de todas las clases de la sociedad, tendrá su origen en causas que los filósofos observadores podrán tal vez determinar con mas ó menos acierto: no es nuestra intencion escudriñar estas causas, sino hablar de sus efectos. El pobre está descontento de serlo: esto no causará seguramente gran extrañeza, pero la debe causar que lo esté el rico. Está disgustado el amante correspondido, y descontento el desdeñado. Mas motivo tiene el primero en nuestro concepto: los desdenes son eslabones que se rompen de una cadena: y los favores son cadenas que nos echan poco á poco, y que acaban por esclavizar nuestra alma. Descontentos están periodistas y diputados de la oposicion, porque no llegan al poder, y disgustados los del poder porque les hacen la oposicion. De esta incomodidad universal, de esta comezon del espíritu, nace que nadie se encuentre bien en el pueblo donde está, porque cree que en los otros lo habia de pasar mejor. El que habita en una provincia, desea venir á Madrid, y los de Madrid, así que pueden, escapan á las provincias: unos marchan á Paris y á Lóndres en busca de sensaciones y de ruido, y otros huyen de esas grandes capitales buscando la quietud del campo. Nadie está contento con su suerte... todos anhelamos lo que no poseemos, y tal pisaverde bebe los vientos por la linda mujer de don Bruno, y huiria de ella cien leguas, si don Bruno le cediera la mujer, lo que haria probablemente don Bruno de muy buenísima gana.

Disgustados nosotros, como los demas, resolvimos distraernos, para lo cual pensamos asomarnos á ver la España, ó al menos un pedacito de ella, y salimos de la córte para conseguirlo, pues quien crea que Madrid es España, solemne chasco se lleva.

Aquí se ha tomado el sistema de gobierno de otras naciones: las costumbres son francesas: al antiguo chocolate ha substituido un plato, que algunos se hacen la ilusion de que es el beaftek inglés, y este es ahora, con una taza de té, el desayuno de los descendientes de Pelayo. Se come *puchero de garbanzos*, pero se come á las seis de la tarde, porque á esa hora

comen en Francia... Esto se llama una comida traducida del francés, y arreglada á la escena española: á la basquiña y mantilla, con que nuestras lindas madrileñas estaban tan bien, han substituido los trajes de color y los sombreritos, con que están muy mal. Todo es ya traducido del gabacho: traduccion es la coqueteria, por mas que algunas la interpreten con gran perfeccion: traduccion son las comedias, aunque parezcan *sainetes* originales: traduccion son *los guardias municipales* de nueva creacion; aunque no sepan ponerse el sombrero á la francesa, que es en facha, y unos se le pongan á la derecha y otros á la izquierda: traduccion es la guerra de Africa: traduccion es el saludo «cómo está Vd.? Bueno: y Vd.?—Bien... *gracias* (Estas *gracias* han llegado en la última remesa.)

Convencidos de que estar en Madrid no es estar en Francia ni en España, y decididos, como ya hemos dicho, á salir á buscar un cacho de la segunda, en un dia del corriente mes y año, á las seis de la mañana, nos hicimos *á las ruedas*, como otros se hacen á la vela, y echamos á andar en la diligencia.

Sonó el primer latigazo con el que un mayoral avisó á sus ocho subordinadas mulas que se pusieran en marcha. Las mulas eran españolas, y con esto está mas que suficientemente explicado, que habituadas al palo hacia éste en ellas mas efecto que pudiera producir un simple aviso, y echaron á correr así que sintieron el escozor en el lomo. Para ir á Toledo, que es á donde nos dirigíamos, cualquiera creerá que lo mas derecho es por la puerta de Toledo: eslo en efecto, pero el viaje se hacia en España, y en España nunca se va al fin del negocio por lo mas corto.

Desde el portazgo hasta Aranjuez fuí durmiendo como un liron, á pierna suelta, y tan profundamente, que parecia yo juez que estaba en la vista de una causa, cuyo reo debiese ser sentenciado á muerte: así es que no sé lo que sucedió en el camino, aunque luego oí que el primer tiro de mulas, despues de habernos conducido muy mal cuatro leguas mortales, fue relevado en Valdemoro.

Llegamos á Aranjuez, y paramos en la fonda llamada de la *Costurera*, y á fé que deseariamos que el ama abandonase la *costura* por atender á la *cocina*, pues dió principio la comida con unas sopas de ajo, cuyo aceite tenia un olorcillo á patriótico, que desde luego conocimos que habria figurado en los vasos de colores de la iluminacion de los festejos que tuvieron allí lugar con motivo del regreso de la Reina: así hube de contentarme con un trozo de *liebre*, cuya presencia en la mesa, era el grito de libertad para los ratones de la fonda. Sacaron en seguida dos perdices; nosotros éramos quince de mesa, y como *Garcia del Castañar* no aconsejó

Para dos perdices, quince,

sino que dijo, «á perdiz por cabeza» dos señores gordos que estaban á la de la mesa, se conoce que sabian la comedia de memoria, porque entre ambos las despacharon, y nos dejaron á los demas á buenas noches.

Conocemos mucho lo que son periódicos en este pais, y lo que es escribir aquí contra cualquier cosa, para detenernos sobre esto, no sea que venga á la redaccion algun comunicado de la fondista, desafiándonos á guisar el bacalao á la vizcaina, ó denunciándonos el artículo *por sedicioso en primer grado*.

El camino de Aranjuez á Toledo sigue por las orillas del Tajo. Lástima nos causa que este rio no sea navegable hasta Lisboa, como es posible hacerlo, y como lo hubieran hecho ya franceses, ingleses, rusos ó chinos, si el rio fuese de su pais: el Tajo tiene la desgracia de ser español, y le sucede lo que á todos y á todo en España, que nadie se acuerda de él para nada útil. Un extranjero proyectó la navegacion y la ensayó él mismo en un pequeño barquichuelo: cuando llegaba á un sitio donde escaseaba el agua, se echaba el buque debajo del brazo, y seguia á pié por la orilla... De este modo cualquiera vá embarcado por todas partes.

Ni un pueblo, ni una casa se encuentran en estas siete leguas, pues no son pueblo ni casa siquiera unas paredes ruinosas, delante de las cuales nos detuvimos á mudar tiro. Pregunté qué era aquello, y me respondieron: «las ruinas de un edificio que quemó la faccion carlista.»—Recordé en aquel momento que en Guipúzcoa, y en la línea de Hernani, ví este verano último otros pueblos quemados tambien por las tropas constitucionales...Luego en esta bendita tierra no se hacen la guerra los partidos entre sí, sino que todos se la hacen al pais, y siempre es el pacífico habitante el que queda arruinado.... Triste y amarga verdad que es el padron mayor de infamia de nuestra época!!

A las cuatro en punto de la tarde llegamos á Toledo, pais clásico de albaricoques y locos, de espadas y mazapanes.

Ya estamos en España! Aquellas basquiñas de estameña, aquellas mantillas que usan las mujeres del pueblo, con su borlita perpendicularmente sobre la nariz: aquellas capas pardas y sombreros calañeses: aquellas mujeres rezando en todas las iglesias; aquellos confesonarios ocupados todos por penitentes: aquel comer todo el mundo á la una en punto: aquellas figuras trigueñas, paradas en la plaza, con su cigarrito en la boca, y *haciendo tiempo*, porque no tienen otra cosa que hacer... Aquellos son los restos de la antigua España...Madrid es un pueblo mal traducido del francés, y que merece ser silbado.

La primera impresion agradable que recibe el viajero, es la excesiva limpieza que se nota en todas las casas: la desagradable, las cuestas. Si alguno estableciese una empresa para subir á las gentes con garrucha de unas calles á otras, ese hombre se hacia de oro.

Nos dirigimos primeramente al alcázar, y un paisano con fusil y sombrero calañés, nos impidió la entrada junto al puente levadizo: llamó á otro paisano vestido con chaqueta, montera de pellejo, una canana que debia estar vacía, y con un paquete de cartuchos que le asomaban por el bolsillo del pantalon, disputándose la vivienda con las puntas del cigarro y con los fósforos. Era el cabo y jefe de la guardia.

Este nos introdujo en el edificio. Al ver aquellos paredones derruidos, aquellos pilares que sostuvieron techumbres, y el musgo que crece á su albedrío en el ancho patio que conduce á la escalera principal, nadie creeria que aquella fue un tiempo mansion de reyes y emperadores, si las armas de Castilla y el águila del imperio, esculpidas entre arco y arco, no lo estuvieran recordando continuamente. A la intemperie y en un rincon del ruinoso palacio, excitó nuestra curiosidad una inscripcion puesta con carbon, y firmada por nuestro amigo el desgraciado Larra.... Aquellos rasgos no los han destruido dos elementos, y una mujer destruyó á su autor.... Aquellas mal trazadas líneas, son las que hemos puesto por epígrafe á este artículo; ellas son la historia del alcazar Toledano... ¿Qué decimos del alcázar..? De Toledo todo... De la España entera! No quisimos dar un paso mas, sin consagrar un recuerdo al distinguido escritor que se le habia consagrado al edificio, y trazamos dos líneas debajo de las suyas.

A los cinco minutos de esta escena, ya nos habíamos perdido en los inmensos sótanos, los viajeros y nuestro *cicerone*, el guia de la montera de pellejo. Reconvinímosle por su impericia, y nos dió por excusa que era la primer guardia que hacia allí, y que no tenia obligacion de saber ni quién construyó aquella casa, ni por dónde se entraba, ni menos por donde se salia; y no le faltaba razon.

Bien pudiera haber un dependiente destinado al efecto en tales edificios, pues ni el gobierno le da el rancho al cabo para que abandone la guardia, ni al viajero le da un duro para que le pierda en las cuadras, donde tenia los caballos el rey don Pedro.

No pensamos detenernos á hablar de la catedral y de las preciosidades que encierra, ni bastaria un tomo en folio á explicarlas: aunque por el pronto nos contentariamos con que hubiese un cuaderno, pues el canónigo que nos enseñó las reliquias, nos dijo que les daba vergüenza no poder dar razon ni aun de los autores de los cuadros, porque ellos nada sabian.... Casi casi lo mismo que en el alcázar. Nos llamó la atencion el célebre *Juan de las Viñas*, que es un niño Dios de oro macizo; pero nos la llamó aun mucho mas el que su tocayo *Juan de la Viña* le dejase allí cuando arrambló con las alhajas de iglesias y conventos.

Las banderas ganadas en la batalla de Lepanto, están arrugadas, como rodillas, y tiradas debajo de una mesa en un cuartucho de la catedral. Esto no necesita comentarios.

La tan nombrada campana de Toledo, es lo que se llama una soberbia pieza: la oimos sonar estando junto á ella, y el ruido no corresponde al tamaño: está visto que en el mundo para dar una gran campanada, lo que menos falta hace es la campana.

Nos dirigimos en seguida á la orilla del rio, al sitio donde *folgaba el rey Rodrigo con la fermosa Caba*, cuando el Tajo tenia con él sus ratos de conversacion; y entramos á ver de paso la célebre fábrica de espadas.

Si bien no podemos menos de estar muy reconocidos á la suma amabilidad con que en todas partes nos facilitaban cuantas noticias deseábamos, debemos sin embargo hacer particular mencion de la finura y cortesanía del brigadier don Pablo de la Puente, director de la fábrica, á quien se deben tantas mejoras, siendo la principal la de haber mandado construir una coleccion de espadas-modelos, de cuantas clases se han usado en España desde el siglo XVI, cuya pequeña armería, por el buen gusto en el órden de la colocacion, recuerda involuntariamente los salones de la torre de Lóndres.

De 60 á 70 obreros que trabajan ahora en la fábrica, se ocupaban en la construccion de los machetes segun el nuevo modelo, para la artillería de Manila.

Estábamos en semana santa, y el jueves fuimos á visitar los monumentos. No tenemos idea de ninguna ciudad del mundo que proporcionalmente al número de habitantes, tenga mas iglesias que Toledo. Pasaban de ciento veinte las que habia hace pocos años, conteniendo la ciudad 15000 almas, inclusas las de cántaro: en la actualidad hay muchas menos almas y menos iglesias: no obstante, puede asegurarse que existen mas templos para los feligreses, que generales para el ejército español, y eso que le toca un mariscal de campo, en lugar de capitan, á cada compañía.

El viernes le destinamos á la inclusa, hospital de afuera, casa de locos, y colegio de doncellas nobles. Estos y otros varios establecimientos formarán el objeto de nuestro segundo artículo.—JUAN DEL PERAL.

UNA SEMANA EN MADRID.

ARTICULO SETIMO (1) Y ULTIMO.

DOMINGO.

Primero (2) de la semana para oir misa, no trabajar y gastarle en buenas obras. (*Diccionario del P. Terreros*).

Asi como no está bien nombrar la soga en casa del ahorcado, ni atarse la venda cuando otro tiene la herida, tampoco está mal ponerse en guardia antes de que á uno le pongan, y entrar regañando cuando

(1) Véase la nota núm. 2.

(2) Véase la nota núm. 1.

uno sabe que le han de regañar los que están dentro; que aquí el que no corre vuela, y todos van al que mas pueda. Parecia regular que los lectores fuesen los primeros en decirme que el artículo del *Domingo* no debia haber sido el último; pero como yo no habia de callar á semejante desatino, y á despecho de la *Academia Española*, y del *P. Terreros* y del *Panléxico*, y de cuantos digan que el domingo es el primer dia de la semana, les habia de decir que estaban equivocados: he creido de mi deber ahorrar cuestiones diciendo de una vez que «Dios hizo seis dias para el trabajo y creó el sétimo para el descanso.» Si los hombres quieren enmendar la plana al Autor de la naturaleza, empezando la semana por el dia festivo para descansar el sábado, allá se las hayan con el Santo Oficio. A mí me parece que si el domingo ha de ser primer dia de la semana, no debe destinarse para el descanso, pues ¿de qué ha de descansar el que no está cansado?

Finalmente, señores académicos, dénse Vds. á razon, antes que los quemen por judaizantes, y díganme por su vida, ó por el Génesis, que es buen testigo: si «la voz del pueblo es la voz de Dios» y la costumbre hace ley, y los refranes son sentencias, y las sentencias leyes, y aquí no hay mas cera que la que arde, y no arde ninguna, y al que me entienda le doy un cuarto, y el vulgo dice: «buen principio de semana y le ahorcaban en lunes,» y el lunes, como iba diciendo, hay toros, y el domingo *encierro*, y Jovellanos dijo *pan* y *toros*, y de ese modo empieza la semana con cuernos y acaba con astas, y no hay razon para que yo me pierda en este párrafo. ¿Por qué han de sostener Vds. que el domingo es el primer dia de la semana, siendo el último... como queda demostrado? Pero yo me alegro que no hayamos estado conformes en el órden de la semana, porque mientras he contundido, triturado, pulverizado, levigado y evaporado la idea de Vds., han ido llegando las mias, ha pasado la noche del sábado, y ya estoy en guardia para ver cómo amanece el domingo.

La misma idea tenia yo (y sentiria que no me creyesen los lectores, porque es la pura verdad) de la aurora de los dias festivos que los habitantes de las aldeas pequeñas tienen de los reyes, que se los representan de quince ó mas pies de estatura; camaleones en las necesidades de la vida, y séres privilegiados en un todo para las funciones vitales. Figurábame yo que el sol dominguero no empezaba por dorar las cúpulas de las torres, como el *astro cálido* de los dias de labor, sino que se anunciaba haciendo piruetas, y cantando bajito, aquello del *alegrémonos*, *alegrémonos*; *justo es que nos alegrémonos*; pero cuál fué mi sorpresa, cuando me dí á observar ese fenómeno, (llovia por mas señas) pasando en vela toda la noche de un sábado, y me convencí de que los *Domingos* vienen al mundo, no como los Juanes y los Pedros, sino como los sábados y los lunes, pues por mas vueltas que yo daba al calendario, ni dejaba de llover, ni de ser domingo. Dejé en paz á los astros, bajé la vista hácia los mios, gente de infantería, y ví que los hombres, ó las camisas limpias, era lo único que ofrecia novedad en los dias festivos. Me dí á vagar por las calles de Madrid, como quien va á caza de gente dominguera, y los primeros pájaros que cayeron en la

red, fueron unos hombres que se iban al campo por *ellos*, y entraban á la misa del Alba con las escopetas y los perros, única caza mayor que traen á su casa, si no la pierden en el camino, y decian que aquella era *la misa de los cazadores*. Despues oí mucho ruido dentro de una casa, casi tan grande como la muestra que decia *Colegio Politécnico*, y eran unos muchachos que no habian dormido la noche anterior, pensando los unos en lo que habian de pedir á su padre, los otros en ver cómo abririan el libro cuando su tio los examinára de latin, para encontrar el *Esopus autor*... que se sabian de memoria; y todos estaban alborozados, porque era *dia de salida*... porque era domingo!

Empecemos, pues, la historia de este dia por cumplir con el precepto de nuestra madre la Iglesia en un templo cualquiera, pues para ver las suelas de los zapatos á los aguadores devotos, podemos ir á *la misa de dos*, aunque la dice uno solo, al Buen Suceso: cuidando de almorzar temprano por si la digestion corriese peligro... al cabo y al fin los pies de los asturianos... siempre se dijo, que no era todo *pashuli* en esta vida. Asistiremos tambien á *la misa de la tropa*, ó seguiremos, por mejor decir, á la tropa que va á misa, mezclándonos entre ese enjambre de filarmónicos, sin camisa, por mas que digan lo contrario el corbatin y el frac; espectadores perpetuos de la parada y de toda clase de música que no cueste dinero, excluyéndose de ese número las *murgas*, que ya son patrimonio de otra clase de gente mas ordinaria que esos caballeros de industria.

Despues *de quitar la misa de en medio*, frase religiosa que no entiendo como cristiano, en diez minutos si nos la dice algun ex-fraile *de misa y olla* vivo de genio, ó en cinco cuartos de hora, si se la oimos á algun canónigo robusto, de esos que necesitan Dios y monaguillo para arrodillarse; despues de cumplir con el precepto, podemos creer que tal ó cual casa es *obra buena*, porque los albañiles trabajan en ella los domingos. Antiguamente nadie trabajaba los dias de fiesta, y hasta hace pocos años no se atrevian los comerciantes á vender *horquillas* ni *alfileres* los domingos, cosa que no hemos podido explicarnos nunca, porque si se prohibiese la venta de hilos y agujas ya era otra cosa, aunque eso deberia pesar sobre la conciencia del que las usase; pero una cosa de puro adorno, y en un dia destinado á la holganza, nada tiene de particular que se compre ni que se venda. Asi es que las mujeres tenian por un gran favor que el hortera las vendiese un paquete de horquillas en domingo, y no parecia sino que se trataba de alguna conspiracion cuando se negociaba el contrabando de los alfileres.

En casa de los menestrales es cosa esencial ponerse todos camisa limpia los domingos, y esta es cuestion de competencia entre las mujeres hacendosas, que tienen todo su orgullo en los remiendos de la ropa, pues nada importa que esté vieja si no está sucia ni rota. Pocos artesanos honrados dejan de salir los domingos á comer al campo con su chaqueta al hombro, la cesta de las provisiones al brazo de su mujer, y la bota de vino en la punta de su baston. La fuente de la Teja, S. Isidro el del Campo, y la pradera del Canal, son los sitios privilegiados para esas inocentes diversiones, que no siempre concluyen en paz. A esas horas suelen apoderarse los niños que salen de los colegios, á ver sus padres, de la oreja de la mamá, y cada cosa que cuentan del mal trato que les da el dómine les vale un juguete y un mimo, ó un dulce y un beso. Al anochecer empiezan á sentirse malos, y si la mamá no es de esas muchas madres que cuando se están adobando para ir al teatro la dan de rígidas en la educacion, el chico logra quedarse en su casa y se pone bueno de repente hasta que le vuelven á hablar del colegio.

El paseo del Prado es un termómetro infalible para marcar cuando es domingo, y segun las estaciones asi señala sobre cero ó bajo cero, esto es, antes ó despues de comer. En invierno está la temperatura sobre cero (1), y es tal la ascension del mercurio que no se sabe el número de personas de la clase media que toma el sol antes de comer. La aristocracia llega *á las cuatro en invierno*, á tomar el sol tambien, y en esos dias se confunde con los que ya han comido, y con otros que por pasear *á la hora de tono* no comen antes ni despues de las cuatro. De este número son los hijos modernos, de padres á la antigua, que si da la feliz casualidad de que tengan diez reales en el bolsillo piensan comer de fonda; pero como los guantes blancos son indispensables, y su padre no conoce esa necesidad y la del sombrero mas que una vez al año, Lotard (guantero) le da al jóven un par de guantes por diez reales, y Próspero (fondista) no le da un cubierto de diez reales, porque lo mas que hace es fiar á los amigos, pero jamás regala á los extraños.

En verano está el termómetro bajo cero, y marca á las cuatro de la tarde, entrada llena de horteras sofocados, criadas de servicio resudosas, ayudas de cámara inflados, y modistas almidonadas. Antes de las seis «toman el tole» la mayor parte de los que paseaban á las cuatro, y marca el termómetro segunda hornada de madres viudas con hijas solteras, de matrimonios nuevos con deseos de lucirlo, y de elegantes estirados que han estado luchando todo el dia con la necesidad de pasear entre la gente de tono, y el frac nuevo que no se veria bien de noche. La gente aristocrática, las niñas mas bonitas de la corte y cuantas personas constituyen la elegancia del paseo, bajan de siete á nueve de la noche, y á pesar de los faroles, que no se encienden hasta mediados de julio, apenas se ven los grados de hermosura que hay allí. Pero deben ser muchos, porque cada dia va tomando nuevo refuerzo la falanje hermosa de mujeres idem, que afortunadamente tenemos de cuartel en Madrid. El ayuntamiento sin embargo es tan poco galante, que, á lo que parece, no piensa alojarlas por ahora; siendo asi que YO RESPONDO, que no le habian de devolver ninguna boleta.

A las diez de la mañana, (y segun el poco método de este artículo, parecemos á los perros de caza que andan veinte veces el camino) se abre la *Caja de Ahorros*, y entran en el *Monte de Piedad* muchos jornaleros, unos á sacar lo que depositaron el domingo anterior, y otros á poner lo que han de pedir al domingo siguiente. Y sin que desconozcamos las ventajas de esta benéfica institucion, es tan cierto lo que decimos, que rara es la semana que la partida de las cantidades ingresadas no es menor que la de las devueltas.

El Museo de Pinturas proporciona deliciosa frescura en sus extensos salones á los que ó bien por un laudable amor al arte, ó por engañar á la multitud se fingen aficionados, yendo todos los domingos al Museo y comprando cuadros muy viejos por las prenderías. Estos últimos son de esa clase de hombres *sin costura* desde los pies á la cabeza, *hombres de una pieza*, ó vanos ó macizos, sin ideas propias, sin inclinaciones naturales, sin amor propio, sin orgullo, sin.... seso. De esos que no tratan de aprender nada sino de decir que lo saben todo; que no forman opinion sobre lo que ven, ni dan su voto acerca de lo que oyen, y que pasan su vida en averiguar el gusto de la sociedad para creer ellos mismos que aquel es el suyo; que no les agrada la ópera, y que sin embargo se burlan de los que en su caso tienen la franqueza de decirlo; que no oyen el drama para juzgar por sí de su mérito, sino que prestan oido á lo que dice el que está en la luneta inmediata, para saber si lo hacen bien ó mal los cómicos, y si el autor es un bruto ó un sabio. Hombres, en fin, que no se estiman á sí mismos en nada, y que á todo dicen amen.

(1) Advierto á los estudiantes de física que esto no va con ellos, y que les dejo libertad absoluta para creer lo que les diga Beudant y Orfila.

El paseo que es la diversion mas general de los domingos, se ha amenizado bastante desde que se generalizó el arbolado y hubo fuente de Isabel II, y Delicias y Chamberí. La Vírgen del Puerto es un hermoso valle, acaso el sitio mas frondoso de los alrededores de Madrid, y los domingos tiene una fisonomía particular, un aspecto, distinto en un todo de los demas paseos.

A las dos de la tarde en todo tiempo, se arman los asturianos residentes en Madrid, de *punta en pardo*, con chaleco encarnado, media azul, botin de paño pardo, chaqueta y calzon idem. Aguadores, carboneros, criados de servicio, escaróleros y algun otro mozo de esquina, van llegando en cuadrillas á la Vírgen del Puerto, mezclándose con las criadas de servicio, los soldados y las amas de cria. El paseo

que desde la puerta de S. Vicente, hasta el puente de Segovia, cruza por delante de esta ermita, está unos ochenta pies mas elevado que ese valle, y en aquella altura hay infinidad de curiosos gozando con tan extraordinaria perspectiva.

Figúrese el lector un dia de verano á las cuatro de la tarde, y no olvide que soy anti-bucólico, para que sepa apreciar todo el mérito de este cuadro con sus ribetes de Idilio: la ermita de la Vírgen del Puerto está situada á orillas del Manzanares, y como á este rio todo se le vuelven orillas, la iglesia está circunvalada de tierra firme por todos lados; pero sin embargo, el hermoso valle que desde la puerta de S. Vicente guia á la ermita, y al cual se baja por dos escaleras de piedra abiertas en medio de la montaña, es el teatro de la *danza-prima*. Hay en medio

un pequeño estanque, sin agua las mas veces, llamado *el lavadero de la Reina*, y cruza este valle un puente de piedra, por cuyos arcos no pasa el agua, para no ahogar tal vez á las gentes que se cobijan á su sombra. Las elevadas copas de los frondosos álamos, sufren los abrasadores rayos del importuno sol de julio, sin que le permitan asomar la cabeza por ningun lado para presenciar la funcion; y es tal la severidad de esa muralla campestre, que ni aun separa sus hojas para que salga el humo sofocante de los buñuelos que se frien allí, temiendo que el sol aproveche el flanco para alumbrar las pantorrillas de la pasiega, ó los mofletes del asturiano. La gaita gallega empieza á reanimar el espíritu de los combatientes, que puestos en ruedas de mas de ciento, cogidos de la mano, y sin soltar el formidable garrote, alzan con pausado compás una pata y bajan la otra, meciendo sus cuerpos al monótono cantar de estas ó semejantes coplas:

Voz. Mañana voy para Pravia
pasar el rio nun puedu,
pásame, Pepe del alma,
en tu caballu ligeiru.
Coro. Válgame la Magdalena
la Magdalena me valgaa.

La música de estas coplas es muy sencilla y muy soñolienta; pero no hace falta saber solfeo para saber el compás de este canto; con saber dormir chiquillos es suficiente. Hay otros cantares tambien que sirven de requiebros, y entre ellos suelen usar el siguiente á duo:

—Salga V. á bailar, maragataaa...
—Non quieru bailar, bragas anchaaas...

Los gritos de los vendedores por un lado, las voces de los bolleros que rifan tortas por otro, los zumbidos de la gaita *por su cuenta* y los aullidos de los que cantan *por la suya*, quieren subir mezclados á la bóveda celeste, y el follaje de los árboles no se atreve á dejarlos salir del valle, y hieren tanto los oidos al bajar como al subir, y aquello es una babilonia, donde todos se divierten á escote y donde hasta las seis de la tarde reina la mayor alegría. Infinidad de *granujas* (muchachos perdidos que viven de lo que se encuentran en los bolsillos del prójimo) están tendidos en el suelo, con seis cartas pintadas en un carton y un dado en la mano, llamando parroquianos, para un juego infame mas tirado aun que el del monte, con estas palabras: *Duro, duro poner... adiviñar y ganar; tiro y adiviño...adiviño y gano; por un cuarto cinco...* Y de ese modo sacan el dinero á los infelices incautos que intentan desquitarse hasta que lo pierden todo. Pero en el círculo donde se

bailaba la gallegada está á punto de estallar una jarana horrible, una pelea sangrienta: los soldados quieren bailar y los gallegos se oponen; el sable de los primeros se encuentra con el garrote de los segundos, y rara vez llevan estos la peór parte. Si los militares no toman parte en la broma los paisanos regañan entre sí, dividiéndose con toda formalidad en dos bandos, bajo los lemas de *Pravia* y *Piloña*. Allí no hay mas arma ofensiva y defensiva que el garrote; pero manejado de una manera tal que crispa los nervios de los espectadores y que magulla las costillas de los combatientes. La tropa tiene que separar casi siempre á los que se dan de palos, gritando *viva Pravia*, ó *viva Piloña*, y el resultado de todo se encuentra luego en los estados del hospital y en las *ocurrencias de la capital*, que refiere al dia siguiente *el Diario de Avisos*.

Los sastres no saben fijar otro plazo para entregar la ropa que los domingos; si toman medidas el lunes ofrecen el traje para el domingo; si las toman el sábado lo mismo; y cuando no cumplen su

palabra, como sucede siempre, no tienen mas que hacer sino faltar de su casa, para los parroquianos al menos, los domingos por la mañana, y ya salen del paso hasta otro domingo. La mujer del sastre se queda en el taller para contestar á los que van llegando, *vestidos de trapillo*, á preguntar el estado de su ropa; pero no puede salir nunca de estas ó semejantes contestaciones: —Ahora mismo acaban de salir los oficiales á entregar... tal vez mientras V. ha venido por una calle iria mi marido por otra... lo de V. era una levita..? —No señora, un frac de moda... —Es igual; ya lo tendrá V. en su casa. Los parroquianos mienten algo menos que el sastre, pero mas de lo que debieran; siempre tienen obligacion de salir fuera de Madrid cuando se mandan hacer algo, y dan plazo fijo, sin saber que ellos son los engañados, porque al sastre le conviene creer que se marcha el parroquiano para ir diez veces al dia con la cuenta, hasta cobrarla, ó provocar un rompimiento, como sucedió hace poco con un elegante á quien un zapatero le hizo dos pares de botas, obligándole á que le pagará; hasta que acosado mi hombre dijo: —Llévé-

selas V. á ensanchar que me aprietan; y se dice, yo no se qué verdad haya en ello, que un loro que habia en la habitacion tuvo la gracia de preguntar: —Qué es lo que aprieta, las botas ó el zapatero?

Los aficionados á los toros pasan la tarde del domingo en el arroyo Broñigal, y la noche en decir lo que esperan del *corniancho*, por tal ó cual lunar que tiene en el hocico; y los aficionados á comedias caseras se atracan el domingo para toda la semana; pero de ambos pienso hablar con alguna detencion en unos *cuadros del aficionado universal*, que escribiré, si Dios me dá salud y los lectores su indulgencia. En cuanto á la natural holgazanería de los madrileños, los epígrafes de los artículos anteriores dicen mas de lo que pudiera añadir aqui. Excepto los empleados que aunque se estén muriendo no se meten en la cama cuando no hay oficina, todos los vagos de oficio y los paseantes de profesion dicen, si se creen estar resfriados: «Me quedaré en la cama el domingo para *cocer el constipado*,» ¡como si los demas dias tuviesen algo que se lo impidiera!

Réstame únicamente probar que estos siete artículos son á cual mejores, para lo cual llamo á la festividad del dia en mi auxilio, y digo: las fiestas de precepto se han de gastar en *buenas* obras: los domingos son fiestas de precepto; yo he escrito estos artículos en siete domingos, ERGO (*échale guindas*) estos artículos son buenos. Y esta lógica no admite réplica, porque á mí me va bien con ella.

ANTONIO FLORES.

ESPATOLINO.

VIII.

Los agentes y espías que mantenia Espatolino en la mayor parte de las principales ciudades del territorio de Nápoles y Roma, eran tan numerosos como exactos. Sus frecuentes avisos nada dejaban ignorar al bandolero de cuanto pudiera convenirle, y por aquel medio estaba al corriente no solamente de todas las operaciones del gobierno, y de las salidas ó itinerarios de aquellos viajeros de los cuales podia sacarse un abundante botin, ó un cuantioso rescate, sino que tambien estaba informado con exactitud escrupulosa de la vida y situacion de las personas particulares que por cualquier motivo le interesaban.

Asi habia sabido que poco tiempo despues de la peligrosa estratajema con que salvó la vida del hijo de Giuseppe, habia terminado dicho anciano su larga y amarguísima carrera, y que la jóven María, á quien por medios tan astutos como delicados habia proporcionado aquel malhechor extraordinario una dote proporcionada á su clase, debia casarse muy en breve con un artesano á quien amaba. Tambien fue instruido de que Angelo Rótoly, torvo y sombrío desde que aconteció la pérdida de *su perla* y el malogro de su venganza, habia dejado á Nápoles con el coronel Dainville, trasladándose á Roma, donde permanecian ambos, viviendo el uno en una magnífica habitacion en la plaza de España, y el otro en un modesto cuarto cerca de la puerta de S. Lorenzo.

Las relaciones entre el oficial frances y el esbirro italiano parecian muy frias; pero aun no totalmente cortadas, bien fuese porque conservase todavía el extranjero reliquias de su desgraciada pasion, y con ellas la esperanza de recobrar á Anunziata, bien que algun otro interes le obligase á no romper abiertamente con aquel agente tan astuto como vengativo.

Lo cierto es que Arturo de Dainville y Angelo Rótoly estaban en Roma, y que habian sido informados de esta circunstancia Espatolino y su esposa.

—Pietro! dijo esta al hijo del difunto Guiseppe en aquella noche memorable que ha dado argumento al anterior capítulo de nuestra verídica historia. Pietro! solos estamos; ¿no es cierto?

—Solos! respondió el mancebo con semblante triste. El capitan se ha marchado á la selva, donde debe repartirse entre los compañeros no sé qué botin, que al anochecer habrá recogido Roberto de unos extranjeros que han tenido el singular capricho de atravesar las lagunas Pontinas desde Sermoneta para visitar la torre de Astura. Pobrecillos! contaban con dormir tranquilamente en Nettuno, pues se dice que todos nos creen muy lejos de estos lugares, merced al cuidado que ha tenido el capitan de llamar la atencion de las gentes por otro lado...

—Cómo? explícate, dijo la jóven.

—Pues qué! no sabeis que una partida de los nuestros ha hecho algunas escaramuzas en las inmediaciones de Civita-Vecchia y Corneto, mientras otra mas numerosa forma su nido en la *Somma* (1), de donde baja á inquietar ora á los pacíficos habitantes de las orillas del Nera, ora á los orgullosos moradores de Spoleti. De este modo consigue el capitan apartar á los gendarmes del verdadero sitio en que tiene su cuartel general, y ha podido el teniente Roberto dar á mansalva un buen golpe en los pobres viajeros, á quienes habrá aligerado esta tarde, y que segun tengo entendido son gentes de pro, que llevan buenos equipajes.

—Siempre robos! exclamó Anunziata cubriéndose los ojos llenos de lágrimas.

—En fin, dijo Pietro, no tan mal cuando son extranjeros; pero aquel desdichado príncipe Lancelotti que fue tan maltratado á la puerta misma de su palacio Ginnetti, como quien dice!...

—Pietro, tus manos al menos no se han manchado todavía con la sangre ó el oro de las desventuradas víctimas que aquellos feroces bandidos sacrifican á su insaciable codicia. Oh! sí! gracias al cielo, aun existe cerca de mí un hombre cuya frente puede levantarse al cielo sin la mancha del asesinato.

—Teneis razon, no es accion muy buena que digamos, el cogerse lo ajeno contra la voluntad de su dueño; y por lo tocante al asesinato... Dios y la santa Madonna me preserven de semejante tentacion! pero tambien es cosa desagradable estarse aqui mano sobre mano cuando los demas arriesgan su vida y se enriquecen, y... vamos! todos tenemos nuestro poquito de codicia, y aparte de esto debo tantos favores al señor Espatolino, que quisiera de buena gana estar á su lado en los momentos del peligro para defenderle, como lo hace un perro fiel con el amo de cuya mano recibe el pan.

—Acaso puedas hacerle mayor servicio que el que deseas, respondió Anunziata. Escucha, Pietro: aquel que te salvó del patíbulo; aquel que ha sacado de la miseria á tu hermana; aquel que en medio de sus execrables crímenes ha sembrado beneficios que prueban que su alma extraviada no nació destituida de nobles y generosos impulsos... Espatolino en fin, puede deberte mas que la vida... la felicidad!

—A mí! dijo el mozo, abriendo cuanto le fue posible sus ojos negros y expresivos. Si asi fuera... Pero no concibo... Esperad! algunas veces cuando me ve triste por la vida holgazana á que me ha destinado, me dice pegandome un golpecito en el hombro izquierdo.—Pietro, no te impacientes por entrar en esta senda á cuyo término me hallo: acuérdate de que una vez lanzado en ella se hace imposible el retroceder. Si lo que anhelas es darme una prueba de tu gratitud y afecto, sabe que ninguna reputaria mayor que la que ahora recibo de ti. Tu eres el fiel custodio de mi felicidad; el consolador de mi esposa. Guárdame bien ese tesoro y te deberé mucho mas de cuanto te he dado.—Estas poco mas ó menos son las palabras que me dice el buen capitan, y bien sabeis que no las echa en saco roto: no por cierto. Desde que estais bajo mi custodia no hay alma viviente á quien permita traspasar estos umbrales; y para que llegasen á vos preciso seria que pasasen por encima de mi cadáver. Harto me costó negarme á vuestros deseos, cuando queriais hace tres dias salir á pasearos por la ribera; pero el capitan me tiene dicho: «Haz todo cuanto *ella* te mande, menos el permitirla que se exponga á ser vista de nadie, ni el abandonarla un momento.

—Y sin embargo, repuso la jóven tendiendo su delicada mano al hijo de Giuseppe, en la infraccion de esas órdenes estriba la salvacion de Espatolino, y la desobediencia será en esta ocasion el servicio mas importante que puedas prestarle. Pietro, acuérdate de tu buena madre, de tu honrado padre, de tu inocente hermana: trae á la memoria tantos ejemplos de virtud como has encontrado en tu familia, y no olvides tampoco aquel suplicio afrentoso que viste tan de cerca.

Pietro se estremeció.

—Aquel suplicio, prosiguió la jóven, que es el término inevitable de la funesta carrera de Espatolino y sus abominables cómplices: el inexorable fantasma que ve delante de sus ojos siempre, en todas partes! El patíbulo cierra el horizonte de la vida sangrienta del bandido, y mas allá!... oh Pietro! mas allá del patíbulo un suplicio eterno le está aguardando.

—Eterno! exclamó con un gesto de horror el hijo de Giuseppe. Eso es demasiado: pues qué! ¿no es bastante castigo la muerte?

—No! respondió con severo tono la esposa del bandolero. La sociedad se habrá vengado de un insensato que pretendia desafiarla; la tierra se habrá purgado de una fiera que la regaba con sangre; pero la justicia divina no quedará satisfecha. Y qué! pudiera expiar el dolor de un momento una vida entera de delitos? ¿pudiera lavar la sangre de un culpable la de tantos inocentes, víctimas de su ferocidad? ¿dónde estaria entonces la justicia? ¿cómo desoiria Dios los clamores de tantas almas arrancadas del mundo súbitamente por una mano homicida, y lanzadas á la eternidad sin darles tiempo para prepararse á comparecer ante el juez supremo? Si aquellas almas desventuradas estaban en pecado y sufren los tormentos perdurables, consentiria el Altísimo que el bárbaro que las arrojó al abismo entrase inmaculado por las estrechas puertas de la gloria celestial, sin otra expiacion que un minuto de agonía?

—Pues qué! dijo Pietro con el cabello erizado y los lábios trémulos. ¿No vale para nada el arrepentimiento? ¿No hay esperanza para el asesino?

—Sí; porque Dios es misericordioso á la par que justo. Pero el arrepentimiento de un ajusticiado rara vez es contricion verdadera y profunda: lo que parece arrepentimiento no es mas que miedo, porque en aquellas horas terribles el aspecto de la muerte enflaquece el espíritu; y si se siente pesar de haber cometido el crímen, es solamente por el horror del castigo. La verdadera expiacion de una vida de delitos no es la muerte: es la penitencia. La justicia Divina no pide sangre, sino lágrimas: no pide un momento de tormento, sino largos dias de reparacion y de virtud. Quiere que no se prive al pecador del castigo del remordimiento: quiere que viva y padezca, y que no salga del mundo donde derramó tantos males sin haber tenido tiempo para sembrar algun bien.

—Pero eso es imposible, observó Pietro, moviendo la cabeza: cuando la justicia echa el guante á un facineroso lo despacha muy pronto al otro mundo; y

(1) *Somma* es el nombre que dan á una escarpada montaña que hay entre Terni y Spoleti.

si Dios por su infinita misericordia no le deja volver para que haga en este algunas buenas obras, no alcanzo de qué modo pueda complacer á su Divina Magestad el pobre diablo á quien le acaricia la garganta la mano del verdugo.

—Eso es cruel! dijo con melancólico acento Anunziata: ¡Es cruel á la verdad arrancar á un infeliz con la existencia la posibilidad del arrepentimiento! Pero, escucha, Pietro: yo no quiero que muera Espatolino de ese modo: quiero que su alma grande, aunque criminal, conozca á Dios y desarme su ira: quiero que los últimos años de su vida sean consagrados á la expiacion, y que practicando las virtudes repare, en cuanto sea posible, sus crímenes pasados. El odio le precipitó al abismo; el amor debe sacarle de él. Sí, yo haré que sea tan bueno como malo ha sido hasta hoy.

—Eso no me parece tan fácil; y no lo digo porque yo crea muy malo al capitan, no por cierto. Bien sé que no le faltan buenas cualidades: mirad; me ha contado Roberto (y no por celebrarlo lo decia el grandísimo bribon) que jamas permite que se haga daño á los que no tratan de hacerlo: que es piadoso con las mujeres, y... os referiré algunos rasgos suyos que os harán conocer lo bueno que es algunas veces el señor Espatolino, á quien Dios y la divina Madonna libren de todo mal. Muchos años hace que pasó lo que vais á oir; pero no importa la fecha: cuando Roberto me contaba estas cosas, la semana última, casi casi me parecia que las estaba mirando. Verdad es que las escuchaba con tanto gusto! porque por mas que diga el teniente que son rarezas y extravagancias del capitan, siempre sostendré yo que tales extravagancias le hacen honor. Pues no! Figuraos, señora Anunziata, que era en aquel tiempo en que comenzaba á extenderse por esos mundos la fama de nuestro jefe; y aunque era muy muchacho por entonces, ya habia dado una buena leccion á los soldados del Santo Padre. La banda se hallaba entonces diseminada por las cercanías de Monti Tifati, pues á pesar del cuerpo de guardia que custodiaba la entrada del territorio de Nápoles, el capitan y su gente siempre han tenido maña para pasearse por todas partes sin que nadie se lo estorbe. Creo que por entonces se preparaba la cuadrilla á caer sobre la Calabria; pero se entretenia mientras tanto en aliviar del peso de su equipaje á los viajeros de aquel camino. Era á la caida de una tarde bastante nebulosa, cuando fueron apresados por algunos de la cuadrilla tres hombres, de los cuales solo el uno tenia alguna apariencia de *utilidad*. Dos viajaban juntos y á pie, y el otro iba á caballo con solo un criado que habia escapado con su mula burlando la ligereza de los bandidos. Cuando vieron estos lo poco que habia que esperar de sus prisioneros, se enfadaron tan de veras, que querian colgarlos por los pies de las ramas de un árbol.

—Bárbaros! exclamó Anunziata.

—No hay por qué asustarse, mi capitana, dijo el mozo: el jefe no permitió aquella chanza pesada, y llamando á uno de los viajeros pedestres le preguntó quién era y á dónde iba. El muchacho, que tenia una fisonomía la mas traviesa y desvergonzada del mundo, respondió sin turbarse: «Quien soy, no lo sé: por ahora creo que soy poco menos que un cadáver, y nunca he sido otra cosa que *un nadie*.

—Explícate, le dijo el capitan, pues no estoy de humor de descifrar enigmas.

—Por vida de Baco! respondió el perillan, que aqui no hay otro enigma que vos, señor facineroso, que presentais la anomalía de una figura de ángel con un alma de demonio. En cuanto á mí os he dicho la verdad pura y neta. Soy *un nadie*; un quidam; un expósito que no sabe á quién debe el don de esta mísera existencia, que maldito para lo que me sirve.

—Qué oficio tienes, bribon? preguntó Espatolino.

—Todos y ninguno. Sirvo á cuantos me ocupan: salgo en las comparsas de los teatros de segundo y tercer órden; muelo los colores de los pintores, llevo las pruebas de sus obras á los escritores que las tienen en prensa: auxilio á los peluqueros, ayudo á los pescadores, sirvo á las damas que tienen amantes tiernos y maridos celosos, en fin, soy el *fac totum* de Nápoles, y ahora iba á Castellone encargado de cierta comision galante, en la que esperaba ganar algunos *carlinos* (1).

—Y pensabas ir á pie hasta Castellone?

—Toma! hasta al paraiso terrenal iria tan fresco, si es que el paraiso terrenal es otra cosa que el reino de Nápoles.

—No siempre te sobrará el pan, si no cuentas con otros medios para procurártelo que las eventualidades de tus numerosos empleos.

—Asi, asi, respondió el mozalvete: cuando otra cosa mejor no se me proporciona, hago versos muy bonitos, y las gentes del pueblo me dan dos *cavalli* (1) por cada 20 coplas.

—Tan buenas son?

—No lo sé; pero yo consagro por lo comun mi musa á las gentes de vuestro oficio, y refiero vuestras picardías con tanta verdad, que todos los que las oyen dicen que no hay mas que pedir. No se crea sin embargo que yo posea, como aquel mancebo que iba en mi compañía, un genio improvisador y estupendo, eso no: yo soy un ignorante que lo hago por pura aficion, ó mejor diré, por pura necesidad, y mi compañero ha leido libros y tiene acogida entre personas de alta clase que gustan mucho de oirle cuando está inspirado. Yo nada compongo de súbito: pienso mucho mis coplas, y las escribo despacio.

—Preciso es pues, dijo el capitan, que parecia complacido con la charla de aquel tunantuelo, que medites ahora mismo alguna de tus lentas creaciones, y te concedo dos horas para presentármela concluida. Tengo curiosidad de conocer tu musa, y no la pagaré con menos generosidad que los paisanos que te cambian dos *cavalli* por veinte coplas.

—En ese caso no hay mas que hablar, respondió alegremente el muchacho: precisamente traigo en el bolsillo una historia en verso que está próxima á la conclusion, y que debe interesaros tanto mas cuanto que es la vuestra.

—La mia!

—Sin duda, repuso el poeta, sacando del bolsillo algunos pliegos manuscritos: verdad es que al pintaros, físicamente, se entiende, no anduve muy exacto. ¿Quién diablos habia de pensar que fuerais tan buen mozo? Tampoco se me ocurrió la idea de que vuestros súbditos podian ser unos chicos de tan mediana traza: ¡ya se vé! todo el mundo imagina feos y sucios á aquellos hombres que siempre andan revueltos con la sangre.

Una sonrisa imperceptible pasó fugaz sobre los labios del capitan; pero los otros bandidos dejaron oir un murmullo de desaprobacion. El viajero sin desconcertarse desenrolló sus manuscritos, y con voz campanuda y acento declamatorio comenzó su lectura.

«Vida y hazañas del feroz Espatolino, jefe de la homicida banda que infesta el camino de Roma á Nápoles, extendiendo sus correrías hasta el Abruzzo y las Calabrias.»

—Bien! dijo Espatolino sentándose tranquilamente: veamos cómo nos tratas.

El pilluelo comenzó á declamar con énfasis sus mal medidas estrofas; pero ¡qué cosas, santísima Madonna! qué cosas habia aglomerado allí! En primer lugar estaba el retrato del capitan, que segun el poeta era tuerto, jorobado, con mas cicatrices que cabellos, y mas deformidades que años. Luego iba la descripcion de su tropa: todos los bandidos eran unos semijigantes medio desnudos, sucios, repugnantes, con uñas tan largas como el gavilan, y pelos tan ásperos como los de un erizo.

Al escuchar tan pícara pintura se pusieron furiosos los bandoleros, y como perros picados de hidrofóbia se abalanzaron sobre el infeliz. El capitan les gritó con voz de trueno «¡atrás! y el lector continuó impávido su tarea, despues de dar gracias á Espatolino con un gracioso movimiento de cabeza.

Lo que seguia á la pintura de los bandoleros no era menos lisonjero para aquellos que lo que ya habian oido. Allí habia banquetes en que los antropófagos ladrones se comian á medio asar la carne de sus víctimas, y bebian en sus calaveras. Allí danzas de mujeres desnudas que llevaban por arracadas narices humanas, y por collares numerosas sartas de dientes arrancados á los cautivos que esperaban rescate. El capitan ahorcaba á cada paso ocho ó diez de los suyos, cuyo número no se disminuia sin embargo, y era una risa oir con cuánta profusion le regalaba los halagüeños epitetos de salvaje, tigre, mónstruo, y otras lindezas del mismo género.

Los camaradas bramaban de cólera, y le miraban con ojos de basilisco; pero el capitan les imponia silencio con un gesto, y el poeta concluyó sin contratiempo su lectura.

—Bien! le dijo Espatolino: esa narracion es muy bella, y yo me encargo de que sea verídica. Para justificar la pintura que haces de nosotros, es preciso que correspondamos á la idea que te has formado de nuestras costumbres, y en ese supuesto determino celebrar uno de esos festines que con tanta elocuencia describes, y en el cual nos regalaremos con tu cuerpo. Te permito concluir tu poema mientras preparamos la funcion, y te empeño mi palabra de que tu obra llegará á Nápoles sin alteracion alguna.

—Hágase la voluntad de Dios, respondió el mancebo. A decir verdad no esperaba yo este desenlace, pues al veros me persuadí que habia andado desacertado en mi pintura. No me gusta mucho por cierto el morir á los diez y ocho años, y ser devorado por vosotros; pero en fin, algun consuelo es haber tenido el talento de adivinar con tanta exactitud los extremos de vuestra barbarie, y mi obra, que no era mas que un juguete de fantasía, será desde hoy una historia exacta y lastimosa, que me conquistará nombradía. Vamos allá! cuántas horas me concedeis para concluir mi relacion?

—Diez minutos, respondió Espatolino: pasados que sean serás entregado á mis amigos, que ansian ya conocer el sabor que tiene la carne de un hijo de Apolo.

—Bien! Bravo! gritaron los bandoleros batiendo las manos. ¡Viva el capitan!

—Lo asaremos á fuego lento, dijo uno.

—No, cocido con vino, exclamó otro.

—Mejor es freirle con su propia grasa, observó un tercero.

El capitan miraba fijamente al mancebo mientras aquellas bárbaras bufonadas eran pronunciadas por los bandidos en medio de horribles carcajadas; pero ¡cosa extraña! aunque un poco pálido, el poeta estaba sereno y cortaba una pluma y pedia por favor un poco de tinta para concluir su obra.

—Con tu sangre, le dijo Espatolino; eso aumentará el mérito de la historia.

El jóven sin vacilar se pinchó con su cuchilla: mojó la pluma en su sangre, y comenzó á escribir.

—Basta! gritó de súbito el jefe. Jóven! eres valiente! ¿quieres vivir y quedarte con nosotros?

—Vivir no me pesaria, respondió limpiando su pluma; pero quedarme con vosotros... ni se diga. No me gusta vuestra profesion, señores bandoleros, y ademas, caso de deberos la vida, tengo la obligacion de consagrársela á un viejo *Puzzaro* (1) que me ha servido de padre, y que se moriria de hambre á no ser por mí.

—¿Y si te diese oro para sacarle de la miseria á ese anciano?

El muchacho meneó la cabeza, y dijo con un expresivo movimiento.—Uf... vuestro oro no da ventura: es mal ganado. Vale mas vender veinte coplas por dos cavalli, y ayudar á los pescadores por un par de truchas que me dan, y moler los colores por tal cual plato de macarrones que recibo de los pintores... en fin, vale mas cualquier cosa que ser rico con vuestra riqueza.

—Y si no tienes otra alternativa que nuestro oficio ó la muerte?

—Todos hemos de morir, y asi como asi vale mas ser comido por hombres que por gusanos. Ea! estoy pronto.

¿Qué os parece que hizo entonces el capitan, señora Anunciata?... ¡Vaya un hombre guapo! — Dame ese poema, dijo al poetastro: merezco la preferencia puesto que te he proporcionado un sublime momento de inspiracion con el horror de la muerte. Se dice que el poeta es como el cisne, que guarda su cántico mas hermoso para celebrar la agonía. Toma el precio de tu obra, y sigue tu camino.

Diciendo y haciendo le puso en la mano una bolsa muy linda, que segun la aseveracion de Roberto contenia doscientos luises de oro por lo menos, y le dijo.—Puedes tomarlos sin escrúpulo, pues no son robados. Me los regaló una dama, á la que tuve ocasion de prestar ayer un ligero servicio.

—Los tomo en ese concepto, dijo el mozo; pero como me habeis ocasionado un sustillo mediano, os quiero deber ademas un buen vaso de vino.

Diéronselo los bandidos refunfuñando, y lo vació de un golpe, brindando por el capitan. Luego le entregó sus manuscritos, le dió un cordial abrazo, y se marchó mas alegre que unas pascuas.

En seguida hizo venir el jefe al otro poeta, á quien habian tenido á una distancia suficiente para que no oyese nada de cuanto se decia á su compañero. Estaba aquel infeliz mas muerto que vivo, y temblaba como un azogado.

—Voto á Baco! exclamó Espatolino: ¿qué significa ese temblor?

—Perdon! piedad! piedad, señor excelentísimo! contestó con trémula y ahogada voz el prisionero.

—Sabemos que eres poeta improvisador, dijo el jefe; serénate, pues, y danos una muestra de tu talento.

—Soy un ignorante, un bruto, señor eminentísimo decia tartamudeando el pobre mozo: dejadme besar vuestras plantas y no exijais... El placer... el hono, que recibo con verme en vuestra presencia me embar-

(1) El *carlino* es una moneda napolitana que equivale con corta diferencia á un real de vellon.

(1) El *cavalli* es una moneda muy infima.

(1) *Puzzaro* es el nombre que dan en Nápoles á los que excavan la tierra para los pozos, cisternas, etc.

ga los sentidos de tal modo, que no puedo... ya lo veis, ilustre señor, tened piedad de este desventurado.

Empezaba el capitan á hinchar las narices, y dijo con voz de trueno.—¡Ea! improvisa, ó te mando ahorcar ahora mismo.

—Voy, voy al instante... ya comienzo... no se altere vuestra benignidad, murmuraba el pobre diablo pálido como un cadáver y dando traspiés como un borracho.

—Un vaso de vino á este miserable, dijo el jefe.

Presentáronselo al instante; pero era tan violenta la convulsion de sus nervios, que el cristal se quebró entre sus dientes.

—Cobarde! dijo Espatolino encogiéndose de hombros con un ademan de desprecio.

—Que improvise! que improvise! exclamaron los bandoleros.

—Obedece! dijo el capitan.

El infeliz comenzó á versificar malamente, llamando á los ladrones *héroes magnánimos, guerreros invencibles*, y otras mil adulaciones.

—Este sí que es buen poeta, decian aplaudiendo los bandoleros: ¡para que se vea que no hay hombre que no sea sensible al elogio! Este sí que merece un regalo, no aquel bribon que decia tan odiosas mentiras.

El improvisador, alentado con aquellas muestras de aprobacion, multiplicaba las adulaciones hasta el extremo mas ridículo de exageracion.—Vuestra noble independencia, decia, vuestra heróica constancia será loada por la mas remota posteridad. La envidia se ensaña vanamente por deslustrar vuestra gloria: la fama divulgará vuestros invictos hechos del uno al otro polo.

—Viva! gritaban entusiasmados los bandidos: bravo! Esto se llama talento! Estos sí que son versos!

—Basta! dijo frunciendo el entrecejo Espatolino: cojed á ese miserable y dadle en mi presencia veinte y cinco palos.

Esta órden inesperada dejó estáticos á los bandoleros, mas no asi al poeta, que comenzó á gritar desaforadamente, haciendo contorsiones como un endemoniado.

—No habeis oido? añadió Espatolino con gesto de impaciencia: veinte y cinco palos al instante.

El tono con que repitió la órden no permitia réplica. Fue obedecido.

Luego que el apaleado volvió en su acuerdo el capitan le dijo con severo semblante.

—Las bajezas en que has incurrido te hacen tan indigno de la condicion de hombre, que deberiamos degradarte de ella. En consideracion á tu talento, por mal que lo hayas empleado, me limito á la ligera pena que acabas de sufrir; pero que no te acontezca segunda vez prostituir tan torpemente como hoy lo has hecho la noble mision de la poesía.

—Digo, señora Anunziata! ¿no es verdad que fue muy bien dicho todo aquello? porque al fin, un bandolero por bueno que sea no es un *héroe glorioso*, ni merece que se le llame *señor eminentísimo*, y otras tonterías por el mismo estilo.

Pues héte aqui que no quedaba ya mas que el tercer preso, que era el que iba á caballo, y parecia ser un hombre en la flor de su vida, y de no despreciable calidad.—Acércate! le dijo el capitan.

Hízolo, y todos admiraron la nobleza de su porte: tenia, dice Roberto, una mirada que se iba derecha al corazon, y una frente que parecia iluminada.

—De dónde venias? preguntó el jefe.

—De Sessa.—A dónde te dirigias?—A Nápoles, donde resido.—En qué te ocupas en aquella ciudad?—Unas veces pienso y otras escribo.—Ola! ¿por ventura eres tambien poeta?—No hago versos.—De qué clase son pues tus escritos?—Estudio la ciencia de la legislacion, y escribo mis observaciones.—¿Cómo es que viajas *tan á la ligera*?—Porque asi me agrada: soy enemigo del fausto, y en un viaje prefiero la ligereza á la comodidad.—Eso quiere decir que si ahora te vemos con un equipaje poco brillante es por eleccion y no por necesidad?—Asi es.—Y que reteniéndote entre nosotros podremos esperar un buen rescate?—Seguramente que mi familia no me dejaria morir por poseer algunos miles de escudos mas ó menos.—Bravo! eres un hombre franco: asi me agrada. Y bien! querrás comunicarnos algunas de aquellas observaciones que has hecho en el estudio de la legislacion?

El prisionero sacó un libro en octavo, y dijo presentándolo al jefe.—Este es el último volúmen que he publicado de una obra en que las consigno todas.

—Veamos!

Espatolino abrió aquel libro, y miró rápidamente su portada. Pero ¡extraño caso! al punto suelta una exclamacion, mira absorto al prisionero, se acerca, dobla la rodilla, y le besa la mano con tanto respeto como un chicuelo á su maestro.

Los camaradas abrian tanto ojo y se miraban estupefactos, sin saber qué significaba aquello; pero el capitan se levanta, y ordena que toda la cuadrilla llegue á tributar sus respetos al prisionero. Vacilan los bandidos, que empiezan á sospechar que el capitan se ha vuelto loco; pero indignado éste al notar la poca prisa que se dan en obedecerle, grita con acento y ademan imperioso.—Pronto, voto á Baco! pronto de rodillas delante del ilustre Filangieri!

Cuenta Roberto que el célebre legislador permaneció algunas horas con el capitan, que lo colmó de atenciones, y que á todos pareció tan amable, que le vieron partir con pesar. Espatolino le dió escolta hasta las cercanías de Nápoles, y siempre se mantuvo descubierto delante de él. Cuando le hablaba lo hacia con el mayor respeto, y repetidas veces le besó la mano, gritando en seguida: «¡Viva el caballero Gaetano Filangieri!» Los camaradas no se descuidaban en repetir: «¡Viva!»

En fin, cuando algunas semanas despues se supo la muerte de aquel grande hombre, asegura Roberto que vió llorar á Espatolino, y que se le oyó exclamar: «Tu libro, genio divino, será inmortal: sobre tu glorioso polvo pasarán las generaciones acatándole, y llegara el dia en que esas páginas que legas al porvenir sirvan de base al gran código de la nueva redencion.

—Y bien! ¿qué pensais de todo esto, señora capitana?

—Pienso que aquella alma noble, aquella grande alma de mi esposo, no habia sido formada para el crímen: que yo debo redimirla, y que lo haré! Pietro! pronto rasgará el sol las tinieblas de la noche. La tempestad ha pasado: el tiempo se serena, y es preciso partir.

—Partir! estais loca? y á dónde?

—A Roma.

—Glorioso san Estéfano! A Roma decís?

—A Roma: allí está Rótoli, y es preciso que yo le hable.

—A vuestro tio, señora? ¿queréis que os eche el guante?

—Y qué haria con una pobre muchacha deshonrada, perdida?

—Vengarse.

—No, Pietro: le conozco: soy poca cosa para satisfacerle.

—Pero ¿qué esperais de él?

—Es codicioso, y le ofreceré diez mil escudos si se encarga de una proposicion que quiero hacer al gobierno.

—Vos! Una proposicion al gobierno!

—Espatolino es muy rico, mucho! Tres grandes talegos llenos de luises de oro recibirá el gobierno si consiente en firmar su indulto. No importa que le destierren de Roma, y aun de toda Italia. Nos iremos á Suiza, y en medio de sus montañas pintorescas, viviremos tranquilos y dichosos.

—Eso me parece muy bueno: yo iria con vosotros con grandísimo placer: pero ir vos á Roma?

—Es preciso: la vieja Lucía, única persona que tenemos en este instante bajo el techo que nos cubre, duerme sin duda.

—Como un leño.

—Pues bien, es menester aprovechar su sueño. Espatolino vendrá apenas amanezca, y es indispensable que no nos halle aquí.

—Estais delirando! Nos alcanzaria, y... ¡pobres de mis huesos!

—Tenemos en casa buenos caballos: no nos alcanzará.

—Pero, si es fuerza que alguien hable al señor Angelo, ¿no vale mas que yo me encargue de la comision, y vos quedeis con vuestro marido?

—Olvidas que si cayeses en manos de Rótoli irias de seguro al patíbulo?

—*Madre di Dio*! eso es tan cierto como la existencia del sol.

—Pronto aparecerá en el oriente ese astro divino, Pietro: marchemos!

—Pero yendo con vos por fuerza habrá de verme Rótoli.

—No, yo sabré evitarlo. Escucha: no iremos desde luego á Roma; mas, acaso no haya necesidad de ir nunca. Mi tio puede hablarme en algun lugar de las inmediaciones, y espero que todo se arreglará á satisfaccion. Pietro! Dios me inspira, y la bendita Madonna me protege!

—Siendo asi... pero...

—Pietro! un cruel presentimiento me advierte que si no hago lo que el cielo me ordena, Espatolino perecerá muy presto en el patíbulo!

—Dios mio! dijo Pietro temblando.

—Y sobre tu conciencia caerá la responsabilidad de tan enorme desgracia. Tú serás quien le habrás cerrado las puertas del arrepentimiento y la expiacion!... Tú, quien...

—¡Basta, mi capitana, basta! Estoy pronto á obedeceros.

—Los caballos.

—Pensad en que es endemoniado ese camino, y con la oscuridad de la noche...

—Dios nos guiará!

—Sea!

La jóven escribe estas líneas en un pliego de papel mientras Pietro dispone la marcha.

«Me has jurado abandonar la carrera del crímen y quiero alcanzar tu perdon: sin embargo, para no descubrir el lugar de tu retiro antes de obtenerlo, me alejo de ti por algunos dias. Entablaré mis negociaciones con el gobierno desde Gensano, la Riccia, Albano ó cualquiera otra poblacion de las cercanías de Roma; y si fuese preciso iré á la misma Roma. Nada temas, pues suceda lo que sucediere no correrás el menor peligro por mi imprudencia.»

Cinco minutos despues los aullidos de *Rotolini*, á quien dejaron encerrado los fugitivos, hicieron despertar á la vieja Lucía. Oyó el galope de los caballos y dijo: —Ya vuelve el capitan; ese holgazan de Pietro le abrirá, pues para nada mas puede servir.

Dió una media vuelta en su jergon y volvió á dormirse profundamente.

(*Se continuará.*)

G. G. DE AVELLANEDA.

EL DOS DE MAYO.

AN transcurrido treinta y seis años desde que el pueblo de Madrid lanzó el heróico grito de guerra contra las falanges, que, no atreviéndose á embestir de frente al leon de España, tendian á adormecerle con halagos mentidos, para que al despertar se agitase en vano, sujeto á la afrentosa cadena. Han transcurrido treinta y seis años, y la memoria de aquel célebre suceso inspira las mismas ideas á los que de él fueron testigos, y á los que aprendimos su historia de boca de nuestros padres en los primeros albores de la infancia. Rebosa el corazon de entusiasmo al representarse por modelo la indómita fiereza, y la acrisolada lealtad de los héroes de la independencia española.

Del seno de la revolucion sangrienta que arrancó á un infeliz monarca trono y vida, y trastornó en Francia todas las gerarquías sociales, y puso en combustion á todas las potencias de Europa, se habia alzado una colosal figura, en cuya alma revivia el espíritu de los Alejandros y de los Césares. Sonó su nombre en el sitio de Tolon por la vez primera; re-

pitiéronlo veloces los ecos en las amenas florestas de Italia, en los áridos desiertos de Siria, á la falda del monte Tabor, al pie de las pirámides de Egipto: le coronó el sol de Austerlitz con la magnífica aureola del triunfo: florecian á la sombra de las imperiales insignias los inmarcesibles lauros de Frienland y de Jena, que orlaban sus sienes: habia impuesto la paz una y muchas veces á las naciones que pretendian atajarle el paso en su victoriosa carrera. Revestido con tantos títulos de gloria, con tales atributos de grandeza, consumia su corazon inagotable sed de poderío, tentábale el demonio de la conquista, y arrullaba sus fabulosos ensueños el ángel de la fortuna. Su voz era omnipotente: un movimiento de sus ojos hacia temblar á reyes y emperadores: su mágico ascendiente arrastraba á los combates ejércitos numerosos: á su voluntad de hierro cedia todo obstáculo, se allanaban todas las dificultades: hasta el porvenir abarcaba su raudo pensamiento, sometiéndolo á su dominio. Este hombre extraordinario, digno de figurar en primera línea entre los grandes capitanes que han visto los siglos, clavó sus formidables ojos sobre el pais que tiene por muro las aguas de dos mares, y las excelsas cumbres del Pirinéo. Antes de aventurarse á uncirlo á su carro de triunfo, vaciló el invencible guerrero: hubo de asombrarle, sin duda, lo atrevido de la empresa, y tal vez le abrumára, como horrible pesadilla, la idea de habérselas con una nacion, en cuyos fastos se leen las famosas jornadas de Roncesvalles, de S. Quintin y de Pavia; nacion que aun conserva en pie la torre de Lujan, y guardaba entonces en su Real armería la espada de Francisco I. Acaso lucháran en el ánimo de Bonaparte recónditos temores con sus impacientes designios; mas una vez formados estos, retroceder era mengua; y no habia valladar ni dique capaz de oponerse á las sublimes inspiraciones de su genio.

Huérfana de glorias á la sazon España, tenia en su trono á un rey de carácter afable y bondadoso, cuya profunda aversion á los negocios públicos, le hacia dividir sus horas entre los placeres de la caza, y las tareas de un taller de ebanistería: regia el timon de la nave del Estado un poderoso favorito, lleno de mercedes: su privanza no conocia límites: se hallaban á su disposicion los tesoros que de América conducian nuestras flotas: rendíale homenaje la nobleza: el clero le habia erigido altares: desvanecia á la muchedumbre su lujo oriental, su fabulosa magnificencia; y, segun un escritor adicto á los Borbones, habia transformado la corte de Felipe II en una mancebía semejante á aquellas, donde la indignada musa de Juvenal condujo á la madre de Británico. Para colmo de males, y con escándalo de la nacion, bullia la discordia en el alcázar regio: colocados frente á frente el príncipe de la Paz y el heredero de la corona, condenábanle á este los autores de sus dias, y eran absueltos sus cómplices por severos é imparciales jueces. Entretanto, descendian el Pirinéo las tropas del emperador de los franceses, que en vez de trasladarse directamente á Portugal, segun lo convenido, se posesionaban á traicion de nuestras plazas fuertes, y hacian ostentacion de su conducta villana á todas luces.

Desatentada la corte de Madrid, aun tenia fé en la magnanimidad de Bonaparte, y aun se nutria de ilusiones, con la esperanza de que el tratado de Fontainebleau seria llevado á cabal cumplimiento. Mas á fuerza de invadir la Península millares de combatientes, y de derramarse por su territorio, se despojaron de su candorosa creencia el monarca español y su entrañable favorito, y meditaron ponerse á salvo de la tempestad que arreciaba en la metrópoli, trasladándose á sus posesiones de América. Hallándose la corte en Aranjuez, se hicieron con gran sigilo

todos los preparativos de viaje, y hasta quedó señalada la noche en que debia llevarse á cabo tan fatal proyecto. Lástima es que Cárlos IV, anciano y achacoso, no supiera desprenderse por un vigoroso arranque de las afecciones que le unian á su valido, consagrándoselas á su heredero: lástima es que no se hubiera lanzado en brazos de los españoles, que nunca le habian retirado su cariño, para vencer ó hundirse con ellos, en vez de abandonarles á su mala estrella. Por desgracia influyó mas en el ánimo del monarca la fuerza de la costumbre que el instinto de la naturaleza, y la historia no puede concederle las altas cualidades que se requieren para empuñar el cetro de una gran monarquía; si bien, ateniéndose á la mas rigorosa exactitud, le aclama y debe aclamarle por leal y constante amigo de la persona á quien habia consagrado su afecto, y cuya suerte fue lo que mas le afligiera en las crisis sucesivas; desviviéndose por averiguar el paradero de don Manuel Godoy, é intercediendo en su favor cerca del emperador de los franceses, mientras apenas hacia memoria de haber perdido la corona de dos mundos.

Habia apurado el pueblo un dia y otro hasta las heces el cáliz del sufrimiento, cuando comenzó á trascender la noticia del proyectado viaje á América: ya no pudo tener á raya su indignacion; abrióse ancho cauce entre los misteriosos planes de la corte, y en su consecuencia estalló el movimiento de Aranjuez, que ocasionára la abdicacion de Cárlos IV, y la caida del príncipe de la Paz, á quien libraron á fuer de caballeros y generosos de una muerte cierta los guardias de corps, sus implacables enemigos, defendiéndole tenazmente de las rudas acometidas de la irritada muchedumbre.

De corta duracion debia ser el contento que produjo tan venturosa y anhelada ocurrencia, porque Murat avanzó con sus tropas hasta la capital de España, donde entró el 23 de

marzo, un dia antes de verificarlo en triunfo Fernando VII, adolo á la sazon de todos los espa-

ñoles: Cárlos IV publicó un documento, protestando que la abdicacion de la corona en favor de su hijo no habia sido espontánea, y por consiguiente, era nula: el nuevo soberano habia caido en las redes de sus enemigos, trasladándose á Bayona, donde tambien habian acudido sus padres, ofreciendo el vergonzoso espectáculo de pedir justicia unos contra otros ante el tribunal de un monarca extranjero, eligiéndole para dirimir sus querellas de familia, y haciéndole árbitro de su fortuna.

Firme Napoleon en la idea de enseñorearse de España, vino á trastornar sus planes la noticia de los sucesos del 19 de marzo, y metidas ya sus huestes en el pais, blanco de su codicia, quiso aprovecharse de la feliz coyuntura de tener á sus plantas á Cárlos IV y Fernando VII, para que su diadema añadiese un nuevo timbre á las glorias del imperio. Al familiarizarse con tan ilusorios cálculos, olvidaba Napoleon que la patria de los Pelayos y de los Cides, idólatra de su independencia, estaba detrás de las ridículas farsas de Bayona.

Ofendida la altivez castellana de la perfidia de los invasores, cundia visiblemente el encono que su presencia inspiraba á todos los ánimos, para producir la exaltacion del descontento, la explosion de la ira, el furor de la venganza. Todo anunciaba un rompimiento cercano é inevitable; y no pasaron muchos dias sin que estallára formidable, como el rugido de las olas impulsadas por el espíritu que agita las profundidades del Océano al compás de las tormentas.

Hallábase Murat en Madrid al frente de 25,000 hombres, flor y nata de su ejército: ausentes los principales miembros de la Real familia, sujeta á su voluntad la junta de gobierno, parecia su poder omnímodo, incontrastable su preponderancia. Daba realce todo el orgullo de un sultan á la gallardía de su persona, á la magnificencia de su lujo, al esplendor de su soberbia. Complacíase en hacer alarde de militar aparato, mostrando sus tropas en frecuentes y ostentosas revistas. Mas lejos de desvanecer á la muchedumbre, excitando su asombro, ya que no se granjease su respeto, concitábase de dia en dia su mal encubierta saña, sin que se amedrentase á la vista de aquel amenazador aparato de fuerza: antes bien le dió en rostro con inequívocas señales de su profundo menosprecio. Sin tregua fermentaba la cólera en los esforzados corazones de los madrileños, y se desbordó al fin en una espantosa grita de silbidos y denuestos, lanzada al gran duque de Berg y de Cleves, en ocasion de atravesar ufano la Puerta del Sol al frente de sus aguerridas falanges, de vuelta de una revista el 1.° de mayo de 1808.

Bajo tales auspicios asomó fúnebre al par que gloriosa la aurora del siguiente dia. Segun los rumores que habian circulado entre el pueblo debian ser trasladados á Francia los infantes que aun moraban en el alcázar régio, y la muchedumbre que desde bien temprano se agolpó á sus puertas hubo de comprender toda la exactitud de la noticia viendo los tres coches que les aguardaban. No tardó en salir la reina de Etruria con sus hijos, y el pueblo con su instintiva perspicacia presenció indiferente la partida de una persona, que por hallarse en íntimas relaciones con el generalísimo de las tropas francesas, no le inspiraba ningun pensamiento afectuoso. Impresion bien distinta hizo en los ánimos la relacion de algunos individuos de la real servidumbre, quienes pintaron con sentidas frases el desconsuelo del infante Don Francisco al resistir que le alejasen de la córte. Ya no habia dique capaz de contener la furia del pueblo castellano, quien acometió ciego de ira á un ayudante de Murat, salvándose este á duras penas. Poco tardó en anunciarse en la plazuela de Palacio un batallon francés con una descarga asestada contra la multitud inerme y embravecida. Tan ruin conducta no hizo sino añadir combustible al fuego. Dispersados los valientes que se lanzaban no menos que á cortar el majestuoso vuelo de las águilas imperiales esparcieron la alarma por todos los barrios de la poblacion, y esta se levantó en masa contra sus opresores, agrupándose en la Puerta del Sol y calles contiguas. Horrible fué el estrago que produjo la metralla del cañon enemigo y la caballería de los hijos del desierto: imponderables los rasgos de bravura de los heróicos madrileños, que arrostraban con impavidez la muerte y la esperaban á pie firme, bañándose en la sangre de los que tan vilmente comprendian el santo vínculo de las alianzas entre dos naciones. Desparramada y perseguida peleaba enfurecida la muchedumbre, sin implorar per-

don, ni decaer de aliento. Encerradas las pocas tropas españolas que se albergaban en Madrid, tenian órden expresa para no moverse de sus cuarteles. Un grupo de españoles se habia dirigido al parque, sito en el barrio de Maravillas. Hallábase allí don Luis Daoiz, natural de Sevilla, quien, despues de haberse distinguido en las defensas de Oran y de Ceuta, y en la guerra contra Francia, habia ascendido á capitan de artillería, hallándose á la sazon encargado del detalle de la plaza, y de la tropa de su arma destacada en ella. Observábale de cerca una guardia de setenta y cinco franceses, mientras multitud de paisanos, agolpándose á las puertas del edificio, pedia armas con enérgicas voces y tenaz gritería. Vino á apoyar su justa demanda la presencia de don Pedro Velarde, jóven de 28 años, capitan de artillería, y secretario de la junta superior económica del cuerpo. Habia acudido aquella mañana á su oficina á la hora de costumbre, cuando ya empezaba á notarse la agitacion del pueblo. Se habia sentado á su mesa inmediata á la del comandante de artillería y vocal de la junta, don Pedro Navarro y Falcon, diciéndole, mientras borroneaba un papel con la pluma: *Mi comandante, es preciso batirnos; vamos á batirnos*, y *vamos á batirnos*. ¡Se arrasan los ojos de lágrimas al estampar tan conceptuosas é íntimas frases! Unos tiros de fusil que se oyeron en la estancia, pusieron término á las observaciones del comandante. No pudiendo soportar ya Velarde el freno de la disciplina, en contraposicion de los intereses de la Real familia y del decoro de la nacion española, tomó el fusil de un ordenanza de la junta, y acompañado de otro, y del escribiente meritorio don Manuel Almira, se dirigió al cuartel del regimiento de infantería, Voluntarios de Estado, sito en la calle ancha de S. Bernardo, logrando que su coronel le facilitase treinta hombres de la tercera compañía. Con ellos llegó á unir su voz á la de las gentes del pueblo agrupadas en torno del parque. Hizo Velarde que le abriesen, désarmó á la guardia francesa, y disipó la repugnancia de Daoiz á quebrantar las órdenes que se le habian comunicado, estimulándole á la defensa de su rey y de su patria. Acordes en tan gloriosa resolucion, se armó el pueblo, y entraron en el parque los voluntarios de Estado. Se colocaron dos piezas de artillería detrás de la puerta, enfilando la calle de S. Pedro la Nueva, y con ellas, y con el fuego de fusilería, rechazaron aquellos valientes un destacamento y una columna enemiga. Llenos de zozobra los franceses con tan heróica resistencia, dieron á aquel desmantelado edificio toda la importancia de una respetable fortaleza, y asestaron contra él todas las tropas de la division Wesfaliana con caballería y cañones. Empeñóse un horroroso cañoneo, que nos hizo gastar las municiones sin gran fruto. Bien se les alcanzaba á Daoiz y Velarde que se desperdiciaban todos los tiros que no se dirigieran contra la columna de ataque; mas no eran árbitros de atenerse á lo que aconsejaba el buen juicio en presencia de una muchedumbre delirante de bravura, que media la intension del estrago por lo formidable del estruendo.

Adelantó el francés una columna que embocó en la calle de S. José por la de S. Bernardo: tremolaba su comandante un pañuelo blanco; merced á este artificio pudo acercarse á los cañones de nuestros bravos, que vomitaron fuego, conocida la supercheria del enemigo, obligándole á retroceder otro y deshecho. Renovóse el cañoneo; continuó el desperdicio de municiones; mas el intrépido Velarde, cuya serenidad encontraba recursos en todo, hizo

cargar los cañones con piedras de chispa á falta de metralla, para dispararlos á quema-ropa contra los franceses; y como se dirigiera al patio del parque en busca de otro cañon que aun estaba dentro, le alcanzó una bala que puso término á su esforzado denuedo, legando á sus compatriotas insigne ejemplo de heroismo. Con esta fatalidad, á que se agregaba la fatiga de los pocos soldados que habia, y la enorme superioridad de los franceses, no podia ser dudoso el éxito de aquella memorable jornada. Aquí varían ya las relaciones: afirman unos que Daoiz hizo señal de capitulacion, poniendo un pañuelo blanco en la punta de su espada: aseguran otros que esa demostracion la hizo el general francés, que marchaba á la cabeza de una de las columnas. Es lo cierto que se vió por algunos instantes á Daoiz hablar con el general enemigo, y de pronto ponerse ambos en guardia, y batirse personalmente. No era de esperar que habiéndose dado á conocer en la Península los soldados del imperio por innumerables alevosías, aguardasen impasibles el término de tan noble y singular combate. Agolpáronse sobre Daoiz varios oficiales y granaderos franceses, y despues de haberles resistido con heróica valentía, cayó mortalmente herido de varias estocadas y bayonetazos, y espiró á las cuatro horas en su casa, calle de la Ternera.

Jeneralizada la sublevacion de Madrid se situó Murat en la montaña del Príncipe Pio: prestáronse los individuos de la junta á aplacar á la muchedumbre con tal de que mandase suspender el fuego: accedió el gran duque de Berg á la propuesta: cumplieron sus condiciones con toda religiosidad los individuos de la junta, quebrantáronlas ignominiosamente los que habian vencido en cien batallas campales. Fiados en aquel solemne convenio los habitantes de Madrid comenzaron á discurrir por las calles, volviendo á sus habituales faenas, mas sorprendidos y presos se les conducia al Prado y pagaban con la vida el delito de llevar consigo unas tijeras ó un cortaplumas de su uso: arcabuceábanlos á pelotones, y muchos de ellos fueron sumidos en la huesa cuando aun palpitaban sus hidalgos pechos. El fúnebre silencio que reinaba en la noche del Dos de Mayo, turbábanlo solamente las descargas de fusilería que añadian nuevos nombres al martirologio de la independencia española.

Hemos reproducido una historia de todos conocida, pero que nunca se encomiará demasiado. Es tan memorable por sus circunstancias como por la inmensidad de sus consecuencias. Cruzáronse en el ámbito de España las noticias de la jornada del Dos de Mayo y de las vergonzosas renuncias de Bayona, y con la velocidad del rayo se alzó la Península como un solo hombre por su independencia. Regularizó aquel prodigioso levantamiento la ereccion de las juntas provinciales, cuya actividad puso en corto espacio sobre las armas millares de combatientes que en el transcurso de tres meses ya habian ilustrado su nombre con famosos triunfos alcanzados sobre ejércitos que se tenian por invencibles. El dia 14 de junio se rendia á discrecion la escuadra francesa surta en Cádiz al mando de Rosilly.

El 29 del mismo emprendia Moncey su retirada de Valencia, habiendo perdido dos mil hombres al pie de su deleznable muro en los impetuosos ataques que dirigieron contra las puertas de san Vicente y de Cuarte.

El 19 de julio capitu'aba en los famosos campos de Bailen toda la division de Dupont vencida por las tropas del general Castaños, compuestas en su mayor parte de reclutas, muchos de los cuales aun no vestian uniforme.

Ilustraban al propio tiempo su ínclita fama Zaragoza y Gerona, donde Palafox y Alvarez adquirian inmortal renombre. Tiempo vino en que nos fue contraria la fortuna, y se repitieron con harta frecuencia nuestros desastres sin que por eso mermase el noble teson de los españoles que sostuvieron seis años de guerra, que formará una página aparte en la historia del mundo por el influjo directo que ejerció en la caida del guerrero, cuyo nombre infundia pavor á las naciones de Europa.

Ciertamente no merecia España la ingratitud de un rey por quien sufriera tantos quebrantos y se doblara á tales sacrificios. No obstante es fama que al verificar su entrada en Madrid en mayo de 1814, ni por curiosidad lanzó una mirada al *campo de la Lealtad*, donde habian sucumbido los primeros mártires de su causa. Diez y seis años ha reinado despues con voluntad omnímoda y poder absoluto: falleció en 1833, y hasta 1840 no se inauguró el monumento, donde al fin reposan las venerandas cenizas de Daoiz y de Velarde, y ante el cual enmudece por un instante la algazara de los partidos, deponen sus querellas los opuestos bandos, y un sentimiento comun anima todos los corazones: si este sentimiento se perpetuára ocuparia en Europa el rango que le corresponde una nacion que brilla como vencedora del hombre, que al fijar en ella sus terribles ojos *quiso descargar el golpe desde las nubes obrando como la Providencia.*

A. Ferrer del Rio.

EL DOS DE MAYO. (1)

Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! cual las olas
Del hondo mar, alborotado brama;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez su independencia clama.

Hombres, mujeres vuelan al combate;
El volcan de sus iras estalló:
Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazon colérico español.

La frente coronada de laureles,
Con el botin de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles,
En cien campañas, veterana tropa.

Los que el rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus pies naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones;

A eterna lucha, á desigual batalla,
Madrid provoca en su encendida ira,
Su pueblo inerme allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira.

Graba en su frente luminosa huella
La lumbre que destella el corazon;
Y á parar con sus pechos se atropella
El rayo del mortífero cañon.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Sobre coronas, tronos y tiaras
Su orgullo solo, y su capricho ley,
Hordas, de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey,

Fijo en España el ojo centellante,
El Pirene á salvar pronto el bridon,
Al Rey de reyes, al audaz gigante,
Ciegos ensalzan, siguen en monton.»

Y vosotros, ¿qué hicísteis entre tanto,
Los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto,
O adular bajamente á la fortuna:

Buscar tras la extranjera bayoneta
Seguro á vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles, á la plebe inquieta
Con baja lengua apellidar *canalla*.

¡*Canalla*, sí, vosotros los traidores,
Los que negais al entusiasmo ardiente,
Su gloria, y nunca vísteis los fulgores,
Con que ilumina la inspirada frente!

¡*Canalla*, sí, los que en la lid alarde
Hicieron de su *infame* villanía,
Disfrazando su espíritu cobarde,
Con la sana razon segura y fria!

Oh! la *canalla*, la *canalla* en tanto,
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo,
Quebrantó las cadenas de la tierra:

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogia,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos,
Levantando á su príncipe ofrecia.

Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde, y el traidor se esconde;
Truena el cañon, y el grito castellano
De INDEPENDENCIA Y LIBERTAD responde.

¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!
Sonó la hora, y la venganza espera;
Id y hartad vuestra sed en los torrentes
De sangre de Bailen y Talavera.

Id, saludad los héroes de Jerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza, alta corona
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo.

Mas ¡ay! ¿Por qué cuando los ojos brotan,
Lágrimas de entusiasmo y de alegría,
Y el alma atropellados alborotan,
Tantos recuerdos de honra y valentía;

Negra nube en el alma se levanta,
Que turba y oscurece los sentidos,
Fiero dolor el corazon quebranta,
Y se ahoga la voz entre gemidos.

¡Oh! levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aun arde en ella y con eterna vida,
La luz de la victoria!

¡Oh, levantadla del eterno sueño,
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño,
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!

Quizá en vosotros, donde el fuego arde,
Del castellano honor, aun sobre vida,
Para alentar el corazon cobarde,
Y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿Cuál fue el galardon de vuestro celo,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heróica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Ay! Para herir la libertad sagrada,
El príncipe, borron de nuestra historia.
Llamó en su auxilio la francesa espada,
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron,
Y esa sagrada tumba abandonaron,
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron,
Y hollarla á los franceses les dejaron.

Como la mar tempestuosa ruje
La losa al choque de los cráneos duros,
Tronó y se alzó con indignado empuje,
Del galo audaz, bajo los piés impuros.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguía,
Del castellano honor que en la memoria,
Solo nos queda hoy dia.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Verted, juntando las dolientes manos,
Lágrimas, ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar nuestra mancilla.

Llorad como mujeres, vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! En el dolor inmenso que me inspira,
El pueblo en torno avergonzado calle;
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto tambien, mi corazon estalle.

JOSE DE ESPRONCEDA.

(1) Esta composicion del malogrado ESPRONCEDA, es á nuestro juicio uno de los cantos mas bellos de cuantos ha inspirado esa página sublime de nuestra historia á los poetas españoles, y por eso la reproducimos hoy en nuestras columnas, aunque nos hemos permitido la supresion de ciertas estrofas que pertenecian á la política del dia en que la escribió su autor. Creemos disculpado nuestro atrevimiento, si se atiende al deseo que tenemos de que se conozcan todos los versos que nuestro pobre amigo dejó diseminados en varios periódicos, y á la circunstancia de ser el LABERINTO ajeno en un todo á la política palpitante. *Se publicó esta poesía en el número 11 del* LABRIEGO, *correspondiente al dia Dos de Mayo de* 1842.
(*N. de la R.*)

AL MONUMENTO
DEL DOS DE MAYO.

SONETO.

Mármol que guardas inmortal memoria
De alta constancia, de virtud severa,
Yo te saludo por la vez primera,
Ardiendo en sed de libertad, de gloria!
La página mas bella de su historia
Grabó en tu frente la nacion Ibera,
Y en tí verá la gente venidera
De un pueblo heróico la mayor victoria.
¡Oh, no te admire el universo en vano!
De la ambicion el ímpetu sañudo
Québre en tu base su furor insano;
Y háble á los pueblos su silencio mudo,
Y háble tambien al opresor tirano....
¡Monumento inmortal! yo te saludo.

G. G. DE AVELLANEDA.

Revista de la Quincena.

Dos novedades músicas han hecho el gasto en estos quince dias pasados, y de ellas vamos á dar una ligera noticia á nuestros lectores. Los teatros de verso, en general, no han hecho otra cosa que repetir piezas conocidas ya del público, si bien en ellas se han presentado artistas nuevos, y otros ausentes de Madrid hace mucho tiempo.

La compañía de ópera de los teatros principales ha inaugurado sus trabajos con el célebre *spartito* del maestro Auber, la *Mutta di Portici*. La celebridad europea que esta composicion dió á su autor, nos ahorra entrar en el análisis de su brillante instrumentacion francesa, y de su canto animado, ligero y seductor como el de la escuela italiana; la ejecucion era la única novedad que esta ópera podia ofrecer ya en Madrid, y el público la esperaba con ansiedad, deseoso de ver cómo habian vencido las muchas dificultades que presenta esta ópera para ponerse en escena. La circunstancia de estar confiada la direccion de esta compañía al respetable maestro D. Ramon Carnicer, era una garantía de buen éxito con que contaba el público al asistir á la *Mutta*; conocia tambien las facultades artísticas de las partes principales que ejecutaban la ópera, y sus esperanzas se cumplieron con el buen desempeño que tuvo esta funcion. Nosotros, al hablar de esta ópera ó de otra cualquiera en su caso, no nos referimos precisamente á la primer noche de representacion, sino que tratamos de observarla cuando ya se ha repetido cuatro ó cinco veces. Y lo hacemos asi en fuerza de estar íntimamente convencidos de que es imposible vencer con solos los ensayos todas las dificultades que presentan las óperas de esta clase, á menos que no las repitan de puertas adentro un número de veces igual al de sus representaciones, cosa que seria perjudicial á los intereses de las empresas y á las exigencias del público, que quisiera una ópera nueva por semana. En la primera noche que se cantó la *Mutta* sucedió todo al contrario, porque los artistas habian tenido tantos ensayos que se les notaba cansados; y esto fue causa de que el conjunto de la ópera no tuviera toda la brillantez con que la hemos visto despues.

En el acto primero, se presentó la Sra. Campos [*Elvira*] conocida ya del público madrileño y lució en su cavatina de salida, la hermosa voz de que está dotada, y de la cual pudiera sacar mas partido. Cantó con mucha afinacion, y el público la recibió muy bien. Pero la parte mas importante de la *Mutta*, toda la ópera, en fin, está en el segundo acto, que arrebató al público de una manera extraordinaria.

Masaniello y *Pedro* no se mueven de la escena en todo el acto; el primero de estos personajes estaba á cargo del señor Sínico, y el segundo al del señor Alba; el público aplaudió con entusiasmo el duo y la barcarola. Nosotros hemos querido copiar una escena de ese duo, por dar una prueba de nuestras simpatías con los triunfos escénicos de los artistas, y porque siempre recordaremos con gusto el fuego y la valentía con que ambos cantantes dijeron el *amor di patria*....

El señor Sínico estaba perfectamente vestido; pero como Masaniello no era un pescador ordinario, lucia mas el señor Alba, que se ha puesto en esta ópera enteramente desconocido, probándonos que es un verdadero artista, y que no conoce sacrificios en tratándose de la verdad y de la propiedad escénica. El señor Alba se ha quitado las barbas, se ha cortado el pelo, en fin, es un marinero completo en el traje, y exactísimo en la accion. Una prueba de esto último es el momento en que se despide de *Masaniello* y de *Fenella*, diciendo, con el gesto mas significativo posible, estas palabras: *intendo.. io ma allontano*.

El señor Carrion gustó mucho al público por su voz agradable, aunque de no mucha extension, y por su manera de sentir. Del señor Becerra nada decimos, sino que va tomando mucha facilidad para presentarse en escena, y que adelanta mucho en el canto.

Los coros son muy completos, y esperamos que bajo la acertada direccion del señor Carnicer, se corrijan de algunos defectos que hemos notado en esta ópera; sin embargo, la plegaria, la barcarola y el coro del mercado, han estado brillantes, especialmente en la tercera y cuarta representacion.

Tenemos entendido que á esta ópera seguirá la *Gemma di Vergy*, para la primera salida del señor Lej y de la señora Brizzi. Tambien nos prepara esta compañía otra sorpresa con la señora Felicita Roca, prima donna que saldrá muy en breve, aunque ignoramos con qué ópera.

El teatro del CIRCO nos dió la otra noche el *Roberto Devreux*, ópera séria en tres actos, que ha sido mal recibida en casi todos los teatros de Europa, y que no tiene mas que dos ó tres piezas de gusto, aunque ninguna de ellas es de gran efecto. Estrenábase (*debutaba*, que dicen mis paisanos) el nuevo tenor del *Circo*, el señor Confortini, y ambas novedades dieron entrada llena esa noche; pero desgraciadamente, ni gustó el tenor ni la ópera. Nosotros debemos hoy ser indulgentes con el señor Confortini, porque el público le recibió muy mal, y se nos dijo que estaba enfermo; sin embargo, á lo que pudimos conocer, su voz es algo escasa, y tiene defectos de vocalizacion imperdonables; casi nos atrevemos á asegurar que es un tenor de medio carácter, y nada mas. Esperaremos que se restablezca, y entonces podremos juzgar de sus facultades artísticas; por ahora el teatro del *Circo* está sin un buen tenor, pues el señor Unánue anduvo muy descuidado en la última noche que se cantó la *Lucia*. La fama del señor Confortini tiene para nosotros una fatalidad, y es la de haberse formado en Cádiz, segun dicen, pues sin ofender en lo mas mínimo el gusto filarmónico de los gaditanos, cuantas notabilidades músicas han hecho furor allí, han *fatto fiasco cui*; dígalo si no la señora *Barili Patti*, que vino el año pasado. ¿Si sucederá con las gargantas lo que con los viños? Si así fuese, ya podrian tomar el tole hácia el Mediodia, algunos cantantes de los que hay en Madrid.

La señorita Moreno hizo tambien su primer salida en esa ópera, y el público la aplaudió con entusiasmo y con justicia: su voz es agradable, su figura idem, y conoce algo el teatro. En el acto tercero tiene un duo con el señor Salvatori, que se repitió, ó se quiso repetir, porque los cantantes no le pudieron acabar, á instancia del público y con marcada desaprobacion de los filarmónicos sensatos que quisieran prohibir á todo trance esa clase de exigencias á las que nunca debe acceder la autoridad. Esas concesiones redundan en perjuicio de la empresa y de los cantantes, porque con el valor de un billete se ve la ópera dos veces.

La señora Basso estuvo muy acertada en el desempeño de su parte, y adelanta mucho en el canto, si bien sigue lo mismo en el poco conocimiento escénico que trajo cuando vino de Italia.

El señor Salvatori como siempre (bien). Los coros como siempre (mal). La orquesta admirable.

Los teatros de verso ofrecen variedad en sus funciones; pero hasta ahora no se ha ejecutado ninguna pieza nueva excepto una comedia del señor Gil y Zárate, titulada *Don Trifon*, impresa hace algun tiempo, y representada en varios teatros de provincia. Se han puesto de nuevo en escena *el Trovador*, que ha gustado como siempre, *Doña María de Molina*, que ha tenido igual éxito, y varias otras, que hacia tiempo no se representaban, y que deben tenerse á la vista de vez en cuando, en obsequio de nuestros autores dramáticos, que se esfuerzan hoy en formar el gusto del público con una escuela nueva, hija á nuestro juicio de las exigencias de la época. Esto ademas de ser productivo á las empresas proporciona á los que escriben para el teatro ocasion de observar cómo recibe el público las impresiones del drama romántico; y qué escenas son ya verda-

deras monstruosidades, ó vice-versa; pues aunque nosotros no seremos nunca de los que crean infalible é irrecusable el fallo del público, sin embargo, aquí, entre Lope de Vega y nosotros, decimos:

El público las paga, y es muy justo
hablarle *á su manera* y darle gusto.

Y una prueba de que Lope de Vega tenia razon, es la de que él se atrevia á llamar *necio* al público y yo no.

La comedia del señor Gil y Zárate, (*don Trifon*) es una pieza enteramente clásica, bien escrita, y tiene escenas de mucho efecto. El carácter de don Liborio, exagerado hasta el punto de ser inverosímil, es el lugar de mas monta que se advierte en la comedia; hay sin embargo otros recursos igualmente inverosímiles y violentos, en cuyo caso se halla la boda de Leonor; pero repetimos, que la comedia en general es entretenida y tiene chistes graciosos y de buen tono en el diálogo.

En el desempeño hubo de todo, si bien es cierto que las partes principales trabajaron con acierto, distinguiéndose sobre todos la señorita Lamadrid (doña Teodora) y el señor Luna.

El Conservatorio de música de María Cristina, ha obsequiado á su augusta protectora con una funcion de verso y canto, que no queremos analizar, por no menoscabar la merecida reputacion de los dignos profesores que están al frente de ese establecimiento y que faltos tal vez de recursos para la enseñanza, no serán la causa de los pocos adelantos que advertimos, en los alumnos que tomaron parte en la funcion. Tampoco nosotros incluimos en esta inculpacion á todos los jóvenes artistas que trabajaron esa noche, pues habia algunos entre ellos que pertenecen al teatro público, y á quienes hemos juzgado ya en otro lugar de nuestro periódico.

FLORES.

BUSTO

DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II,

POR DON JOSE PIQUER.

Sin perjuicio de que nuestro digno colaborador, el señor D. Pedro Madrazo, como encargado de escribir sobre la exposicion del Liceo, emita su opinion acerca de las obras del jóven escultor D. José Piquer, vamos á consignar dos líneas á la obra maestra que este artista ha concluido estos dias, y que causa la admiracion de cuantos la ven. Hablamos del busto de S. M. la Reina doña ISABEL II, que acaba de modelar en yeso, y que se dispone á sacar en mármol de Carrara. Nosotros sentimos que, á pesar de los esfuerzos del dibujante y del grabador, nuestros lectores no podrán comprender todo el valor de una obra que hace honor á las artes españolas, y que añade una hoja inmortal á la corona del primero de nuestros escultores contemporáneos. Afortunadamente podrán verla en la exposicion de Bellas Artes que tiene el Liceo, y nosotros la recomendamos eficazmente á los amantes del arte de Miguel Angelo.

La obra del señor Piquer tiene doble mérito, por las circunstancias de la augusta Persona que se ha dignado honrarle con esta comision, y porque un retrato es una de las obras mas desairadas que están al alcance del cincel; pero nada de esto hay que tener presente para juzgar el retrato á que aludimos, y que por su parecido es el mejor, acaso el único que se ha hecho hasta ahora de S. M., entre los muchos buenos que debemos á los distinguidos pinceles de Lopez, Madrazo y Esquivel.

Distínguese este busto sobre todo por la firmeza del dibujo, en el cual no se advierte un toque siquiera que empañe el brillo de la inspiracion; está asimismo bien modelado, y la composicion de los paños es admirable; el terciopelo, las pieles, el encaje particularmente todo está tocado con admirable verdad. S. M. altamente satisfecha de la obra del señor Piquer tuvo la amable condescendencia de dejarle sus mismos adornos, que el escultor ha copiado con toda precision.

Nosotros sentimos vivo placer al tributar con esta noticia, un homenaje justísimo á ese jóven artista á quien hemos tenido ausente de España por espacio de ocho años, y que nos sorprendio á su llegada con la célebre obra del San Gerónimo que tantos elogios le valió en Paris y que S. M. le ha mandado vaciar en bronce. En esa época hizo tambien, por encargo de la reina Cristina, una purísima Concepcion, que se conserva hoy en san Felipe de Roule.

Seis años ha estado el señor Piquer en Méjico, llenando ese rincon del mundo con sus obras, razon era que volviese al seno de sus compatriotas, y que el gobierno le atendiese, para reparar el abandono en que ese arte habia caido hace años en España.

¡MALVINA!

Si fuera yo *Mariposa*
de vivos colores rojos
fugitiva y vagarosa,
solo en la luz de tus ojos
quemára mi gala hermosa.

—

Si fuera yo *Ruiseñor*
enamorado y sentido,
solo buscára tu nido:
solo halagára tu oido:
solo cantára tu amor!

—

Si fuera yo *Navecilla*
perdida en el mar incierto,
solo buscára tu orilla,
y únicamente mi quilla
descansaria en tu puerto!

—

Si fuera yo *Luz divina*
como la que el sol derrama,
solo en tu faz peregrina
derramaria, oh Malvina,
el resplandor de mi llama!

—

Si fuera yo la *Ilusion*
mas bella que dá el placer,
solo vendria á embeber
tu corazon, para hacer
dichoso tu corazon!

—

Si fuera fresco *Arroyuelo*
cuyo murmullo provoca
de sed el ardiente anhelo,
solo prestára consuelo
para la sed de tu boca!

—

En fin, si fuese yo *Estrella*,
tendria para tí sola
mi lumbre amorosa y bella,
formando á tu sien con ella
de un arcángel la aureola!

—

Pero, nada soy, Malvina!...
ni *Mariposa* pintada;
ni fiel *Ruiseñor* que trina;
ni *Navecilla* estraviada;
ni *Llama* del sol divina;

—

Ni fresco *Arroyo* sonoro;
ni hermosa y pura *Ilusion*;
ni *Estrella* con rayos de oro;
sino un poeta... que adoro
con todo mi corazon!

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO,
Calle de Carretas, núm. 8.